TÍTULO:

Los cinco pescadores caribeños

El secreto de la maestra del agua

Kannòt

Descripción para el lector:

El lector abre un libro que no es solo una historia, es un conjuro. "Los cinco pescadores caribeños" no habla de hombres comunes. Habla de hijos del océano, de entre 18 y 25 años, que desafían cada madrugada las corrientes del mar Caribe para que sus familias sobrevivan. Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto cargan sobre sus hombros el peso de una hermandad que el mar mismo respeta.

El subtítulo "El secreto de la maestra del agua" es la llave. Ese secreto tiene nombre: WANA. No es sirena de cuentos infantiles. Es una deidad milenaria, hija del firmamento, que duerme en las aguas malditas de La Isabela desde el año 1496, donde el cacique Caonabo fue hundido por la traición hispánica. El título anuncia una odisea donde la acción y la aventura chocan contra el terror místico. Donde el realismo mágico no adorna, sino que sangra. El lector debe saber desde aquí que va a cruzar la frontera entre el mito ancestral y la cruda realidad del siglo XXI. Que va a escuchar un cántico capaz de doblegar a un dios.

PÁGINA DE DERECHOS DE AUTOR / COPYRIGHT

Los cinco pescadores caribeños © 2026 por Robert Dieudelin (Arcangel Legrand - Brotherswagg)

Editor:
BROTHERSWAGGSTUDIORECORDS PUBLISHING

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede reproducirse sin permiso escrito del autor y la editorial.

Descripción para el lector:

Esta página guarda más que letra legal. Guarda una declaración. El autor, Robert Dieudelin, también conocido como Arcangel Legrand - Brotherswagg, firma con doble identidad porque esta obra nace de dos trincheras: la música y la letra. BROTHERSWAGGSTUDIORECORDS PUBLISHING no es solo editorial, es trinchera de independencia total frente a las corporaciones que controlan la economía y la influencia política.

El lector debe comprender que al sostener este libro, sostiene un manifiesto. Las categorías Ficción / Acción y Aventura, Ficción / Fantasía / Realismo Mágico, Ficción / Misterio y Suspenso advierten: aquí hay persecución en alta mar, hay vórtices que desafían la física, hay dioses que despiertan. Se incluye nota: "Esta obra es ficción. Sin embargo, figuras históricas como René Préval y Caonabo aparecen con respeto literario, porque su sangre aún tiñe las aguas de La Isla Española."

DEDICATORIA

A los hijos del océano que crean sin permiso.
A los músicos que fueron humillados por sellos que compran almas con contratos.
A los escritores que fueron rechazados por editoriales que dictan qué voces merecen existir.
A los pescadores de Bord de Mer de Limonade que parten a las tres de la madrugada sin saber si regresarán.
A Caonabo, cacique guerrero, cuya memoria yace ahogada en La Isabela desde 1496, pero que aún respira cada vez que el mar se agita.
Y a ti, lector valiente, que abres estas páginas sabiendo que no leerás un cuento. Leerás un cántico.

Descripción para el lector:

La dedicatoria no nombra a una sola persona. Nombra a un ejército invisible. El lector debe sentir que este libro no le pertenece al autor. Le pertenece a todos los que crean bajo la sombra de corporaciones. A los que, como

Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto, reman contra corriente para alimentar a los suyos.

Al leer "hijos del océano que crean sin permiso", el lector independiente se reconoce. Al leer "músicos humillados" y "escritores rechazados", entiende que esta historia habla de música y letras a la vez. La mención a Caonabo lo ancla en la herida histórica del Caribe: 1496 no murió, duerme bajo el agua. Y la última línea lo desafía: no es un cuento, es un cántico. Desde la dedicatoria, el lector ya está dentro del ritual. Ya es parte de la hermandad.

AGRADECIMIENTOS

La Isla Española merece la primera gratitud, porque sus costas guardan secretos más antiguos que la memoria del hombre. Bord de Mer de Limonade, con su iglesia Santa Philomise, fue testigo silencioso del pacto. El mar Caribe, vasto e inexplorado, aceptó ser escenario y verdugo.

Agradecimiento profundo al espíritu de Caonabo, cacique poderoso, cuyo ahogamiento en 1496 congeló el dolor de un pueblo en las coordenadas de La Isabela. Su sangre es el cimiento de este mito.

A Bobibo, el más callado, cuya belleza mística y sensibilidad espiritual recordaron al mundo que el arte puede apaciguar hasta la furia de los dioses. Su cántico salvó cinco vidas y cambió el destino de una isla.

A René Préval, presidente que, al escuchar la verdad, prefirió honrar el milagro antes que castigar la profanación.

Y al lector: sin tus ojos, el cántico no resuena. Sin tu aliento, WANA sigue dormida. Gracias por atreverte a escuchar.

Descripción para el lector:

Los agradecimientos son un segundo prólogo. El lector viaja geográficamente: La Isla Española, Bord de Mer, Santa Philomise, mar Caribe, La Isabela. Entiende que el territorio es personaje. Que la tierra y el agua tienen voluntad.

Al agradecer a Caonabo, el lector recibe la primera lección histórica: 1496 no es fecha muerta, es herida abierta. Al agradecer a Bobibo, entiende el poder del arte frente al terror. Al agradecer a René Préval, intuye que el gobierno también se doblega ante lo sagrado. La última línea lo incluye en el ritual: él es quien completa el milagro al leer. Sale de aquí sabiendo que no es espectador. Es partícipe.

ÍNDICE

TÍTULO
Los cinco pescadores caribeños
.....1

PÁGINA DE DERECHOS DE AUTOR / COPYRIGHT
.....4

DEDICATORIA
.....7

AGRADECIMIENTOS
.....9

ÍNDICE / TABLA DE CONTENIDO
.....11

NOTA DEL AUTOR
.....17

PRÓLOGO
El reloj marca las tres de la madrugada
.....20

MAPA / ILUSTRACIÓN: LA ISLA ESPAÑOLA Y LAS AGUAS MALDITAS
.....22

GLOSARIO DE TÉRMINOS CARIBEÑOS Y MÍSTICOS 24

EPÍGRAFE 27

INTRODUCCIÓN
.....29

PARTE I: LA PARTIDA Y EL RITUAL
La tierra antes del
abismo…….33

Capítulo 1: La salida a las tres de la madrugada
.....34

Capítulo 2: Bajo la sombra de Santa Filomena
.....42

Capítulo 3: Cargando el Kannòt
.....50

Capítulo 4: Rumbo al Este prohibido
.....57

PARTE II: LA PROFANACIÓN Y EL DESPERTAR
Cuando el mar abre los
ojos……63

Capítulo 5: Las aguas malditas de La Isabela
.....65

Capítulo 6: El despertar de WANA
.....71

Capítulo 7: El torbellino de 1496
.....79

Capítulo 8: La figura sin escamas
.....85

PARTE III: EL CÁNTICO Y EL MILAGRO
Cuando el arte doblega a un
dios…….91

Capítulo 9: Cántico en el ojo del huracán
.....92

Capítulo 10: La paz de cristal
.....102

Capítulo 11: "Yo soy WANA, hija del firmamento"
.....108

Capítulo 12: Redes llenas de milagro
.....115

PARTE IV: LA HONRA Y LA LEYENDA
Cuando la tierra reconoce al
mar……..122

Capítulo 13: Ante René Préval
.....123

Capítulo 14: Siete días, siete noches
.....130

EPÍLOGO
El himno al borde del abismo
.....138

EL CÁNTICO ANCESTRAL DE BOBIBO
El himno que salvó a los cinco pescadores caribeños
.....143

WANA: MAESTRA DEL AGUA, SOBERANA DE LOS MARES
.....147

PERSONAJES SECUNDARIOS: LOS TESTIGOS DE LA HISTORIA 151

CONOCER A LOS CINCO PESCADORES CARIBEÑOS 154

SOBRE EL AUTOR: ROBERT DIEUDELIN / ARCANGEL LEGRAND - BROTHERSWAGG 157

NOTA DE DISCUSIÓN PARA CLUBES DE LECTURA 161

GLOSARIO EXPANDIDO DE MITOLOGÍA CARIBEÑA 163

CRONOLOGÍA DE LOS SUCESOS: DE 1496 A 2026 165

MAPA FINAL: LA RUTA DEL MILAGRO 167

AGRADECIMIENTOS FINALES DEL AUTOR 169

NOTA SOBRE REALISMO MÁGICO Y TERROR MÍSTICO 171

CITAS MEMORABLES DEL LIBRO
.....173

LECTURAS RECOMENDADAS: EL CARIBE QUE CANTA Y RESISTE
.....175

INVITACIÓN: ESCRÍBELE AL MAR
.....177

NOTA DEL AUTOR

El autor escribe desde dos trincheras: la del músico y la del escritor. Porque ambas han sido humilladas por el mismo sistema. Porque los sellos discográficos y las editoriales corporativas dictan qué arte vive y qué arte muere.

Esta crónica nació de una pregunta herética: ¿Qué ocurre cuando los mitos ancestrales del Caribe deciden hablar en el siglo XXI? La respuesta es WANA. No es invención. Es memoria. Es el agua que recuerda el ahogamiento de Caonabo en 1496 y que desde entonces guarda rencor contra la humanidad.

Los cinco pescadores no son invención completa. Son arquetipos. Vini representa la mente que busca respuestas cuando el terror no tiene lógica. Siladi encarna la fuerza bruta que no sirve contra lo sobrenatural. Bobibo es el alma: el que canta cuando todos gritan. Guerlain y

Bebeto son la sangre, los hermanos que mueren juntos o viven juntos.

El autor advierte al lector: este libro es crítica y posicionamiento. Es traslación. Traslada un mito olvidado al centro de la conciencia moderna. Y lo hace para que los creativos independientes entiendan que, como estos pescadores, pueden cantar mientras el abismo los quiere tragar. Pueden ganar. Pueden ser honrados. Pueden convertir a un dios destructivo en protector eterno.

Descripción para el lector:

La nota del autor es espejo. El lector ve al hombre detrás del mito: músico y escritor, defensor de independientes. Entiende que WANA no es fantasía vacía, es metáfora de memoria histórica caribeña. Que 1496 sigue vivo bajo el agua.

Al describir a cada pescador con un arquetipo, el lector ya sabe a quién seguir dentro del Kannòt. Sabe que Vini piensa, Siladi fuerza, Bobibo canta, Guerlain y Bebeto aman como hermanos. La advertencia final lo prepara: no leerá solo aventura. Leerá crítica al sistema que ahoga a los creativos. Saldrá de aquí con herramienta, no solo con entretenimiento. Con cántico para cuando su propio mar se agite.

PRÓLOGO

El reloj de la iglesia Santa Philomise marcó las tres de la madrugada. La aguja no sonó. En Bord de Mer de Limonade, el silencio era tan denso que podía cortarse con el filo de un remo. Cinco sombras descendieron por el sendero de tierra hacia el abismo azul. No llevaban antorchas. Llevaban hambre. Hambre de pan para sus familias. Hambre de destino.

Vini caminaba al frente, con la mente llena de mapas que no existían. Siladi cargaba el Kannòt sobre su espalda como si cargara el peso del mundo. Bobibo iba al centro, con los ojos cerrados, escuchando algo que los demás no oían: el susurro del agua que recuerda. Detrás, Guerlain y Bebeto, hermanos de la familia Robert, caminaban tan juntos que sus sombras se fundían en una sola.

Nadie habló. La bendición la pidieron a la iglesia, sin palabras. Sabían que esa madrugada algo era distinto. El viento no venía del Este. Venía de abajo. De las

profundidades. De La Isabela, donde en 1496 el cacique Caonabo fue hundido, encadenado, desaparecido por conquistadores que creyeron borrar su nombre. Se equivocaron. El agua no olvida.

A las cuatro de la madrugada, cuando los vivos duermen y los muertos caminan, el Kannòt tocó aguas que ningún pescador debía tocar. Y el mar abrió un ojo.

Descripción para el lector:

El prólogo mete al lector directo en el Kannòt. No hay contexto histórico, hay presente inmediato. Son las tres de la madrugada. El lector siente el frío, el silencio sepulcral, el peso del Kannòt sobre la espalda de Siladi. Conoce a los cinco sin descripción física: los conoce por lo que cargan. Vini carga mapas mentales. Siladi carga madera. Bobibo carga un oído para lo invisible. Guerlain y Bebeto cargan hermandad.

La iglesia Santa Philomise aparece como guardiana muda. La Isabela 1496 aparece como herida que sangra. La última frase es sentencia: "el mar abrió un ojo". El lector entiende que WANA despertó. Que ya no hay vuelta atrás. Sale del prólogo con el corazón acelerado, sabiendo que capítulo 1 será remar hacia el terror.

MAPA / ILUSTRACIÓN: LA ISLA ESPAÑOLA Y LAS AGUAS MALDITAS

Ilustración en tinta negra, estilo grabado antiguo del siglo XVI pero con grietas digitales del siglo XXI.

1. Bord de Mer de Limonade: Marcado con una cruz pequeña bajo la silueta de la iglesia Santa Philomise. Nota: "Aquí el silencio pidió bendición".
2. Ruta del Kannòt: Línea quebrada que va del punto 1 hacia el Este, cruzando una línea punteada que representa

la frontera marítima invisible. La línea se vuelve roja conforme se acerca al punto 3.
3. Puerto histórico de La Isabela: Marcado con un cráneo sumergido. Coordenadas exactas donde el cacique Caonabo fue hundido en 1496. Nota: "Aquí la sangre se congeló en el agua".
4. Epicentro del Vórtice: Círculo concéntrico dibujado como ojo humano. En el centro, un símbolo que no es letra: es el rostro de WANA sin boca. Nota al pie: "Aquí el cielo exhaló un suspiro de muerte. Aquí cinco hombres cantaron y el océano se arrodilló".

Descripción para el lector:

El mapa no es decoración. Es evidencia. El lector ubica físicamente la blasfemia: Bord de Mer es tierra sagrada, La Isabela es tumba sagrada. La ruta roja del Kannòt le dice que cruzaron un límite que los humanos no deben cruzar. El cráneo en La Isabela le recuerda que 1496 no es leyenda, es crimen.

El ojo en el epicentro le anuncia que algo los estaba mirando desde el fondo. La nota final es profecía: ya sabe que habrá canto y que habrá rendición del mar. Cuando llegue al capítulo 5, el lector abrirá esta página y dirá: "Aquí fue". El mapa convierte el realismo mágico en geografía creíble.

GLOSARIO DE TÉRMINOS CARIBEÑOS Y MÍSTICOS

Kannòt: Embarcación de madera tosca, construida a mano por pescadores del norte. No tiene motor, tiene fe. No tiene GPS, tiene memoria ancestral. Para los cinco protagonistas, el Kannòt es madre, ataúd y altar.

WANA: Nombre que el océano pronuncia cuando quiere que los humanos tiemblen. No es sirena. Las sirenas tienen colas y cantan para seducir. WANA no tiene cola. Tiene mil años. No canta para seducir. Canta para juzgar. Es hija del firmamento, soberana de los mares, guardiana del dolor de 1496. Su ropa son raíces retorcidas y algas abisales. Su furia es el huracán.

La Isabela 1496: Puerto fundado por Colón. Lugar exacto donde el cacique Caonabo, guerrero más poderoso de La Isla Española, fue capturado y ahogado por los conquistadores. Los pescadores creen que el agua en esas coordenadas es más densa porque está hecha de sangre y traición.

Moun / Han / Non / Ah: No son palabras. Son huesos de voces. Son ecos de taínos y africanos que murieron cantando. Cuando el coro los pronuncia, el mar reconoce a sus hijos.

Santa Philomise: Iglesia colonial que vigila Bord de Mer de Limonade. Los pescadores no entran. Se paran bajo su sombra y dejan que la piedra rece por ellos antes de enfrentar el abismo.

Descripción para el lector:

El glosario es salvavidas cultural. El lector extranjero entiende sin que el diálogo se detenga. Aprende que Kannòt no es barco, es filosofía. Aprende que WANA es más vieja que la conquista y más peligrosa que cualquier monstruo marino.

Comprende por qué La Isabela pesa: no es agua, es cementerio. Descifra el coro de Bobibo: no es letra, es ADN ancestral. Ubica a Santa Philomise como testigo mudo de cada partida. El lector termina este glosario con

respeto. Ya no leerá "sirena". Leerá "deidad". Ya no leerá "barco". Leerá "Kannòt". El lenguaje del libro ahora es suyo.

EPÍGRAFE

"Cuando mis pies pisan la tierra, me rodean aquellos que se dicen mis amigos...
Pero cuando me hundo en las aguas, en lo más profundo del vientre del mar...
No confío en ningún mortal, en ningún alma humana.
Oh, Maestra WANA! Tú eres la dueña del agua, soberana de los mares,
sé también mi guía en la penumbra. ¡Sácame de este tormento!"
- Cántico de Bobibo, 4:00 am, ojo del huracán, La Isabela

Descripción para el lector:

El epígrafe es el primer conjuro. El lector lo lee y ya escucha la voz temblorosa de Bobibo. Los primeros versos plantean la tesis del libro: la tierra es traición, el mar es verdad. Los amigos de la tierra desaparecen

cuando el agua aprieta. Solo queda el alma humana desnuda frente a lo divino.

La súplica a WANA no es cobardía. Es reconocimiento. El hombre reconoce que no manda en el mar. Que solo el respeto lo salva. La ubicación exacta —4:00 am, ojo del huracán— le dice al lector que este poema fue escrito mientras el Kannòt giraba hacia la muerte. No es metáfora. Es testimonio. El lector cierra el epígrafe y sabe que si quiere sobrevivir este libro, tendrá que aprender a cantar también.

INTRODUCCIÓN

En el vasto e inexplorado universo de la literatura, existen relatos que no fueron escritos. Fueron vomitados por el mar. "Los cinco pescadores caribeños" es uno de ellos. Es un suceso herético y maravilloso que nació con el siglo XXI, en el punto exacto donde el mito ancestral del Caribe se niega a morir y choca contra la cruda realidad de hombres que solo quieren pan para sus hijos.

El lector debe imaginar La Isla Española en una madrugada sin luna. Debe oler la sal, el miedo y la madera húmeda del Kannòt. Debe ver a cinco jóvenes de entre 18 y 25 años bajar hacia Bord de Mer de Limonade. Vini, el intelectual, cuya sed de conocimiento lo hace preguntar incluso cuando el viento aúlla. Siladi, el de brazos de acero, que podría doblegar redes pero no puede doblegar el destino. Bobibo, el taciturno, de belleza mística, cuyos ojos siempre miran más allá del horizonte porque su alma ya ha estado en el fondo. Y Guerlain y

Bebeto, hermanos de la familia Robert, inseparables como la marea y la luna.

Esa madrugada, a las tres, violaron una regla no escrita: buscaron la pesca milagrosa más allá de las coordenadas permitidas. Remaron hacia el Este, bordearon la costa atlántica y cruzaron la frontera marítima hacia la costa norte del país vecino. Su corazonada los llevó a La Isabela, puerto histórico donde en 1496 el cacique Caonabo fue hundido y desaparecido por conquistadores hispánicos. No lo sabían. Pero el agua sí. El agua nunca olvida.

A las cuatro de la madrugada, la hora en que los vivos duermen y los muertos caminan, el Kannòt profanó un santuario. El mar se abrió como boca de dios. Un torbellino colosal, un abismo concéntrico, comenzó a girar. El cielo exhaló desde el cenit. Las olas se volvieron titanes. Y en el ojo del huracán, los pescadores vieron lo que ningún hombre debía ver: WANA.

No era monstruo marino. No tenía cola de pez ni escamas. Era una figura antropomórfica, una joven de dieciocho años para ojos humanos, pero con más de mil años en el reino donde el tiempo se detiene. Vestía ropaje de raíces retorcidas, algas abisales y ramas sagradas. Sus ojos ardían con la memoria de 1496. Odiaba a la humanidad con razón.

El terror iba a tragarlos. Los hermanos Guerlain y Bebeto cayeron de rodillas. Vini y Siladi sentenciaron su muerte.

Pero Bobibo, el más callado, sintió fuego en el pecho. Y cantó. Y el coro respondió. Y el cántico ancestral —Moun, Han, Non, Ah, WANA— se volvió más fuerte que el trueno. El mar se arrodilló. El abismo se volvió cristal. Y la deidad caminó sobre el agua.

WANA no los mató. Los midió. Vio pureza en el canto de Bobibo. Y como premio, llenó sus redes con peces como jamás se había visto. A las seis de la mañana regresaron triunfales. Pero el trueno de su milagro llegó al Palacio Nacional. René Préval, presidente de la República, los mandó a buscar. Vini habló. El presidente recordó a Caonabo. Y en lugar de cárcel, hubo honra. Riquezas. Tierras. Siete días de banquete nacional.

Esta introducción le advierte al lector: no está ante una novela de pesca. Está ante una crítica. Un posicionamiento. Una traslación. Es la historia de cómo el arte —un cántico— transformó a una deidad destructiva en protectora eterna. Es la prueba de que la fuerza bruta no vence a los mitos. Es el himno que los creativos independientes necesitan cuando sienten que el abismo los quiere tragar.

Léalo como músico. Léalo como escritor. Léalo como hijo del océano. Porque WANA todavía escucha. Y el mar, aunque parezca tranquilo, sigue guardando secretos más antiguos que la memoria del hombre.

Descripción para el lector:

La introducción es contrato sagrado. El lector recibe todo el universo en 800 palabras: geografía, personajes, hora exacta, crimen histórico de 1496, aparición de WANA, terror del vórtice, milagro del cántico, juicio de René Préval y celebración final.

No se le oculta nada, pero se le deja hambre de cómo ocurrió cada detalle. Se le presentan los cinco pescadores con alma, no con físico. Se le explica que WANA es memoria, no monstruo. Se le deja claro el mensaje del autor: esto es para independientes, para los que crean sin permiso. El lector termina la introducción con respeto, con miedo y con esperanza. Sabe que va a sufrir con el torbellino. Sabe que va a llorar con el cántico. Y sabe que al cerrar el libro, él también será parte de la hermandad que respeta el mar.

PARTE I: LA PARTIDA Y EL RITUAL
La tierra antes del abismo

Capítulo 1: La salida a las tres de la madrugada

Descripción: El lector camina con los cinco pescadores por las calles de Bord de Mer de Limonade. Siente el silencio, el frío y el peso de la noche. En este capítulo se presenta la geografía real: la iglesia de Santa Filomena, la arena que recogen en las manos, el pacto mudo antes de tocar el mar. El lector va a entender que antes de enfrentar a WANA, primero hay que despedirse de la tierra. Aquí se siembra la hermandad de Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto.

La salida a las tres de la madrugada

El amanecer del siglo XXI no trajo consigo grandes transformaciones tecnológicas ni el cese de las penurias para las comunidades costeras de La Isla Española. Mientras el resto del mundo celebraba con júbico la llegada de una nueva era de modernidad, en los rincones más profundos del Departamento Norte, el tiempo parecía haberse congelado en una constante y milenaria lucha por la supervivencia. En Bord de Mer de Limonade, la vida se regía bajo una sola y absoluta monarquía: el océano. Para los habitantes de este litoral, el mar Caribe no era un paisaje contemplativo ni un destino turístico; era un proveedor caprichoso que exigía el sudor, la juventud y, en ocasiones, la vida misma de quienes se atrevían a rasgar su superficie para buscar el sustento diario.

En este escenario de carencias y dignidad, cinco jóvenes adultos se habían convertido en el motor económico de sus respectivos hogares. Sus edades fluctuaban entre los 18 y los 25 años. A pesar de su corta edad, cargaban sobre sus hombros el peso de familias enteras. No había espacio para la negligencia, la flojera o el descanso. La responsabilidad los había madurado antes de tiempo, uniendo sus destinos en un pacto de hermandad inquebrantable que se fortalecía con cada jornada en el agua.

El grupo estaba integrado por la diversidad de sus talentos y caracteres. Vini, el intelectual del grupo, poseía una mente brillante y una curiosidad insaciable que lo empujaba a estudiar las mareas, los vientos y las viejas historias de la isla; para él, el mar era un libro abierto lleno de códigos por descifrar. A su lado se encontraba Siladi, un joven cuyos brazos de acero, esculpidos por años de jalar cabos y levantar cargas, eran la fuerza bruta y el escudo del grupo frente a los embates del oleaje. Los hermanos Guerlain y Bebeto, pertenecientes a la respetada familia Robert, representaban la lealtad y el orden; criados bajo una estricta disciplina de trabajo y respeto mutuo, eran inseparables y garantizaban que el engranaje del equipo nunca fallara. Finalmente estaba Bobibo, el más sereno, callado y taciturno de los cinco. Dotado de una belleza mística y una extraña sensibilidad espiritual que a menudo rozaba lo inexplicable, Bobibo parecía poseer una conexión invisible con los elementos, un sexto sentido que sus compañeros respetaban en silencio, sabiendo que su calma era el ancla del grupo en los momentos más difíciles.

Como era su costumbre inalterable, la jornada comenzó mucho antes de que el sol hiciera el menor intento por disipar las sombras de la noche. El reloj marcaba exactamente las tres de la madrugada cuando los cinco pescadores abandonaron el calor de sus hogares. La noche caribeña a esa hora es un manto negro y denso, donde el frío de la madrugada cala los huesos y el viento arrastra un olor a tierra húmeda y salitre. El punto de reunión era el corazón de Bord de Mer de Limonade. Sin

mediar palabra, unidos por la rutina y el compromiso, los jóvenes se juntaron en la penumbra. Sabían que para llegar a la orilla del mar debían recorrer una distancia considerable a pie, cruzando el Departamento Norte en un trayecto que funcionaba como un preámbulo necesario para desprenderse de la seguridad de la tierra firme.

La caminata se realizó en un silencio sepulcral. Las calles de tierra y piedra estaban desiertas; el rumor de los vivos se reducía a los ladridos lejanos de algún perro o al crujir de sus propias botas contra el suelo. Esta soledad no los amedrentaba, sino que los sumergía en un estado de concentración absoluta. Mientras avanzaban, el perfil imponente de la iglesia de la Santa Filomena comenzó a recortarse contra el cielo estrellado. La estructura del templo, con sus muros coloniales que albergaban la fe de generaciones, se erigía como la última frontera antes del abismo. Antes de tocar el agua, los hijos del océano sabían que debían rendir cuentas a la tierra y despedirse de ella.

Al aproximarse a las inmediaciones del templo, los cinco pescadores se detuvieron. Vini observó la silueta de la iglesia con respeto analítico, calculando el tiempo que les quedaba antes de que cambiara la marea. Siladi, Guerlain y Bebeto se mantuvieron firmes, sintiendo el peso de la responsabilidad en el pecho, mientras Bobibo cerraba los ojos, sintonizando su respiración con el susurro lejano de las olas. En ese instante, arrodillándose brevemente, recogieron un puñado de arena húmeda entre sus manos callosas, sintiendo su textura fría antes de dejarla caer

nuevamente. Era su pacto mudo con el suelo que los vio nacer, una despedida temporal de la estabilidad terrestre. En este primer tramo del camino, la hermandad de los cinco jóvenes se consolidó no a través de las palabras, sino a través del peso compartido de la noche, el frío de la madrugada y la certeza de que, frente a la inmensidad que los esperaba, solo se tenían los unos a los otros para asegurar el regreso a casa. El desastre inesperado aún aguardaba en las coordenadas del destino, pero en esas primeras horas de las tres de la madrugada, los cinco pescadores caribeños caminaban como hombres libres, ignorando que sus nombres estaban a punto de cruzar la frontera de lo mortal para transformarse en leyenda.

Reflexiones del Abismo

¿Cuántas veces caminamos hacia nuestro propio destino sin saber que la tierra que pisamos podría ser la última que nos sostenga? Los cinco pescadores dejaron atrás sus huellas en la arena de Limonade, unidos por un lazo que ni el mismo océano sospechaba. Pero el silencio de las tres de la madrugada esconde secretos que la luz del día prefiere no revelar.

Mientras se alejan de la seguridad de sus hogares, una pregunta queda suspendida en el aire frío de la costa: ¿Es el miedo lo que los hace callar, o es la certeza de que algo invisible ya los está esperando en la inmensidad del agua? La iglesia de Santa Filomena aguarda en el

siguiente paso, y bajo su sombra colonial, el destino comenzará a reclamar su tributo. Lo que viene no es una simple jornada de pesca; es el despertar de una fuerza que cambiará la historia de la isla para siempre. ¿Estás listo para cruzar el umbral con ellos?

Capítulo 2: Bajo la sombra de Santa Filomena

Descripción: El lector se detiene frente a la iglesia. No hay oración en voz alta, solo bendición silenciosa. Este capítulo explica por qué los pescadores piden protección antes de partir: porque saben que el mar no perdona. El lector va a descubrir el ritual de los hijos del océano y va a sentir que Santa Filomena es guardiana de los imposibles. Se introduce el miedo sagrado que todos cargan antes de zarpar.

Bajo la sombra de Santa Filomena

El imponente perfil de la iglesia de la Santa Filomena se alzaba como un centinela de piedra caliza y misterio en medio de la negrura de Bord de Mer de Limonade. Sus muros, gruesos y desgastados por el azote inclemente del salitre atlántico, no solo custodiaban la fe de los habitantes del Departamento Norte, sino también los anales invisibles de una isla acostumbrada a sufrir en silencio. Frente a esta estructura sagrada, las tres de la madrugada cobraban un significado diferente. No era simplemente una hora en el cuadrante; era el umbral donde el dominio del hombre terminaba y comenzaba el reino de lo desconocido. Los cinco pescadores se detuvieron en seco ante la entrada, atrapados por la atracción magnética de un respeto que rozaba el pánico sagrado.

Bajo la sombra proyectada por las altas torres del templo, el silencio de la caminata se transformó en una devoción muda pero abrumadora. Ninguno de los jóvenes osó elevar una oración en voz alta. En la tradición de los hijos del océano, las palabras pronunciadas en la oscuridad de la noche son peligrosas; vuelan con el viento y pueden ser escuchadas por entidades equivocadas. Por ello, el ritual de los pescadores caribeños exigía que la comunicación con lo divino fuera interna, un latido de auxilio que viajara directamente desde el pecho hacia el altar de la guardiana de las causas

difíciles y los casos imposibles: Santa Filomena. Con las cabezas inclinadas y los sombreros apretados contra el pecho, Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto se persignaron al unísono, un movimiento coordinado por generaciones de ancestros que habían hecho exactamente lo mismo antes de perderse en el horizonte azul.

Vini mantenía la vista fija en las uniones de las piedras de la fachada. Su mente, siempre despierta y propensa a desmenuzar la realidad, no podía evitar recordar las crónicas coloniales que hablaban de tormentas capaces de arrancar árboles de raíz mientras los feligreses encontraban refugio absoluto dentro de aquellos mismos muros. Para él, la iglesia era un faro de geometría y orden en una costa salvaje. Sin embargo, en esta ocasión, el ambiente se sentía extrañamente cargado. El aire que rodeaba el santuario no traía el aroma dulce del incienso dominical, sino una ráfaga helada que parecía brotar de las criptas subterráneas. Siladi, a pesar de sus brazos de acero y su valentía probada ante las corrientes más violentas, sintió un estremecimiento involuntario que le erizó la piel. Apretó los puños, buscando en la fuerza de sus músculos el coraje necesario para disipar el miedo sagrado que todos, sin excepción, cargaban en esa madrugada.

La razón de este temor reverente era simple y cruel: ellos sabían que el mar no perdona errores ni respeta debilidades. En cada hogar de Limonade había una silla vacía, un retrato antiguo o una madre que lloraba a un hijo que un día zarpó en un *Kannòt* y jamás regresó. El

océano que bordeaba La Isla Española era una tumba inmensa, un monstruo devorador de hombres que exigía respeto absoluto. Pedir la protección de Santa Filomena antes de partir no era un acto de fe superficial; era una necesidad biológica de supervivencia. Implicaba reconocer que, una vez que la madera de la embarcación abandonara el suelo firme, la vida de los cinco dependería exclusivamente de la piedad de las fuerzas que gobernaban el abismo líquido.

Los hermanos Guerlain y Bebeto se miraron de reojo, compartiendo el mismo pensamiento que atormentaba a la respetada familia Robert cada vez que sus muchachos iban al agua: ¿Sería esta la última vez que verían la fachada de la iglesia? Bebeto, el menor de los hermanos, tocó discretamente un pequeño amuleto que llevaba oculto bajo la camisa, mientras Guerlain murmuraba una súplica mental por la seguridad de su hogar. El peso de ser el sustento familiar se volvía más pesado bajo la mirada severa de las imágenes sagradas que intuían detrás de las grandes puertas de madera del templo.

Fue en ese instante de máxima tensión cuando Bobibo dio un paso al frente. A diferencia de sus compañeros, cuyos rostros reflejaban la angustia del porvenir, los ojos de Bobibo estaban fijos en la cúspide de la torre de la iglesia, donde la cruz parecía cortar el cielo nocturno. Su sensibilidad espiritual, esa extraña condición que lo hacía percibir los sutiles cambios en la atmósfera de la isla, le advirtió que la protección de la tierra estaba llegando a su fin. Sintió una presión inusual en los oídos, como si el

aire exterior estuviera perdiendo densidad. La sombra de Santa Filomena, que hasta ese momento los había cobijado como una madre protectora, comenzó a estirarse hacia el mar, señalándoles el camino de manera inequívoca. La bendición silenciosa del templo estaba dada; la tregua con la seguridad de la tierra firme había caducado. Los cinco pescadores caribeños volvieron a colocarse las gorras, enderezaron la espalda y, con el miedo sagrado firmemente arraigado en sus almas, reanudaron la marcha hacia la playa, dejando atrás el último bastión de la humanidad para encontrarse cara a cara con su destino.

Reflexiones del Abismo

La sombra de los templos antiguos no solo protege a los vivos, sino que también oculta los secretos de los que ya no están. Los cinco pescadores se han despedido de Santa Filomena bajo el peso de un silencio que anticipa la tormenta. Han pedido clemencia a la tierra, pero el océano no obedece a las leyes de los santos de piedra.

Mientras el eco de sus pasos se aleja de los muros de la iglesia y se dirige hacia el rugido sordo de la orilla, una duda terrible comienza a materializarse en la oscuridad: ¿Es suficiente la bendición de los hombres cuando se profanan las aguas que guardan el dolor de los ancestros? Santa Filomena ha quedado atrás, inmóvil y silenciosa. En el próximo capítulo, las manos callosas tocarán la

madera tosca del *Kannòt*, y el verdadero viaje hacia el Este prohibido estará a punto de comenzar. ¿Podrá la madera resistir lo que la fe ya empieza a temer?

Capítulo 3: Cargando el Kannòt

Descripción: El lector siente la madera tosca en los hombros. Siladi carga, los demás empujan. Este capítulo enseña qué es un Kannòt: no es barco, es madre, es ataúd, es altar. El lector va a comprender la humildad y la resistencia de los pescadores. Va a oler la sal, escuchar el crujir de la madera y entender que esta embarcación es símbolo de independencia. Aquí el grupo deja la tierra y toca la orilla.

Cargando el Kannòt

La arena de Bord de Mer de Limonade se volvía más suelta, fría y traicionera a medida que los cinco jóvenes se aproximaban a la línea donde el mar rompía con un vaivén perezoso pero constante. Allí, descansando sobre unos maderos carcomidos por el salitre, aguardaba su fiel *Kannòt*. En el lenguaje de las costas de La Isla Española, esta palabra no define un simple barco, ni una barcaza comercial ordinaria; el *Kannòt* es una entidad con alma propia, una embarcación rústica de madera maciza, labrada a mano por carpinteros ribereños que sabían cómo curar cada tabla con aceite y resina para resistir el abrazo devorador del océano. Para Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto, aquella estructura de poco más de seis metros de largo representaba una triple paradoja: era su madre, porque de sus viajes extraían el sustento que alimentaba a sus familias; era su altar, donde ponían a prueba su fe y su hermandad; y, en las noches más oscuras, se transformaba en un ataúd flotante, separado de la muerte eterna por apenas unos centímetros de madera tosca.

El frío de la madrugada calaba hondo cuando Siladi se posicionó en la proa. Sus brazos de acero, tensos por la adrenalina del viaje inminente, buscaron el agarre en la madera húmeda. Con un gruñido sordo que rompió el ritmo del oleaje, Siladi comenzó a tirar, aplicando toda la fuerza de su torso esculpido por el rigor del mar. De

inmediato, los hermanos Guerlain y Bebeto se colocaron a los costados, hundiendo los pies en la arena movediza para empujar con el hombro apoyado contra las cuadernas del casco. Vini coordinaba el esfuerzo, buscando el momento exacto en que la marea retrocedía para deslizar la pesada estructura, mientras Bobibo, sosteniendo los cabos principales, se aseguraba de que la embarcación no se ladeara en el proceso. La madera tosca y fría dejaba marcas en los hombros de los muchachos, un dolor familiar que aceptaban con la humildad de quienes saben que la independencia económica se paga con el propio cuerpo.

El olor que se desprendía del interior del *Kannòt* era una mezcla penetrante de sal, brea vieja, escamas secas de jornadas anteriores y la humedad estancada en el fondo de la quilla. Cada centímetro de esa barca apestaba a pura supervivencia. Mientras la empujaban centímetro a centímetro hacia el agua, el crujir de las cuadernas parecía un lamento ancestral, una advertencia de que la madera también recordaba los peligros a los que había sido expuesta en el pasado. Para la respetada familia Robert, este bote era el símbolo más puro de su autonomía; no dependían de grandes consorcios pesqueros ni de patrones explotadores. Eran dueños de su propio destino y de su propio riesgo. Sin embargo, esa misma independencia significaba que, si el mar decidía tragárselos, nadie vendría a buscarlos a la inmensidad del Atlántico.

El esfuerzo físico colectivo fortalecía el lazo invisible que unía a los cinco pescadores caribeños. En ese instante de tensión muscular y respiraciones agitadas, la hermandad de los jóvenes se volvía casi física, soldada por la necesidad compartida. Bebeto, sintiendo el roce áspero de la borda contra sus manos, miró a su hermano Guerlain; un asentimiento de cabeza bastó para transmitir que estaban listos para lo que fuera. Vini revisó que el motor fuera de borda estuviera firmemente anclado al espejo de popa y que los bidones de combustible estuvieran asegurados para evitar derrames en el oleaje. Cada detalle logístico era revisado con precisión milimétrica, pues en el mar, el más mínimo descuido técnico se transforma invariablemente en una sentencia de muerte.

Finalmente, tras un último y coordinado impulso que exigió el máximo de las fuerzas de Siladi, la quilla del *Kannòt* abandonó definitivamente el suelo de la isla y flotó. El impacto del agua fría del Caribe golpeó las pantorrillas de los jóvenes, un latigazo térmico que los terminó de espabilar y les recordó que la tregua con la seguridad de la tierra firme había concluido de manera oficial. Uno a uno, con movimientos ágiles y calculados para no desestabilizar la barca, los cinco pescadores abordaron la embarcación. Siladi saltó al último, quedando con el agua a la cintura antes de trepar por la borda húmeda. Sentados en sus respectivos bancos, con los remos listos para guiar la salida antes de encender el motor, los jóvenes miraron por última vez hacia la silueta oscura de Bord de Mer de Limonade. La tierra ya no era

el suelo firme que los sostenía; ahora era solo una línea negra y lejana en el horizonte de una madrugada que prometía cambiar sus vidas para siempre.

Reflexiones del Abismo

El *Kannòt* ya flota sobre las aguas oscuras, cargando las esperanzas de cinco familias y los cuerpos de cinco héroes que ignoran el tamaño de la tormenta que se aproxima. Han dejado la tierra que conocen para entregarse a un elemento que no posee memoria de piedad, un abismo que observa en silencio cómo la madera se adentra en sus dominios.

Mientras el agua fría golpea el casco y el olor a sal inunda el aire de la madrugada, una verdad incómoda comienza a flotar entre los pescadores: la madera puede ser un refugio, pero también la pared de una tumba. Ahora que los remos se hunden en el mar y el motor se prepara para rugir, el grupo se encamina hacia el Este, hacia las coordenadas prohibidas de la historia. ¿Será este fiel *Kannòt* el altar de su milagro o el ataúd de su juventud? La orilla se desvanece, y el mar, lentamente, comienza a abrir los ojos.

Capítulo 4: Rumbo al Este prohibido

Descripción: El lector está ya en el agua. El lector rema con ellos. Este capítulo explica la corazonada que desvía al grupo de sus coordenadas habituales. El lector va a entender por qué cruzan la frontera marítima hacia el Este, hacia La Isabela. Se siembra la tensión: van buscando pesca milagrosa, pero el mar les tiene preparada una emboscada de terror cósmico. Termina con el Kannòt entrando en aguas que ningún pescador debe tocar.

Kannôt

Rumbo al Este prohibido

El rugido del motor fuera de borda rasgó definitivamente la penumbra de la madrugada, sepultando el murmullo de la costa de Bord de Mer de Limonade detrás de una estela de espuma blanca y agua revuelta. Sentados en sus puestos, los cinco pescadores caribeños sentían la vibración constante de la madera bajo sus cuerpos, un eco mecánico que se convertía en el único pulso de vida en medio de la inmensidad atlántica. El reloj avanzaba inexorablemente hacia las tres y media, y la brisa marina, cargada de un frío húmedo que calaba hasta los huesos, obligaba a los jóvenes a subir los cuellos de sus chaquetas desgastadas. El *Kannòt* avanzaba cortando las primeras olas con una destreza rústica, adentrándose en el mapa líquido del norte de la isla, un territorio que Vini escudriñaba con la mirada fija en las estrellas y en el sutil cambio de tonalidad en la superficie del agua.

Bajo condiciones normales, la ruta de pesca estaba rígidamente establecida por la tradición y la seguridad: debían mantenerse en las inmediaciones del banco costero del Departamento Norte, donde las corrientes eran conocidas y el regreso a casa estaba garantizado en un par de horas. Sin embargo, aquella madrugada no tenía nada de ordinaria. Una atmósfera densa y pesada comenzó a asentarse sobre la embarcación, una presión invisible que no correspondía a los informes

meteorológicos habituales. Fue en ese momento cuando una corazonada oscura, una intuición colectiva que ninguno se atrevía a verbalizar pero que todos sentían como un nudo en el estómago, desvió el rumbo. No hubo una orden explícita; fue un entendimiento mudo. El timón del *Kannòt* giró de manera sutil pero decidida hacia el Este, enfilando la proa hacia la invisible y peligrosa frontera marítima que dividía las aguas de la isla.

Vini, aferrado al borde de la borda, observaba cómo la línea costera del país vecino empezaba a dibujarse como una sombra masiva a lo lejos. Su mente intelectual comenzó a encender las alarmas; sabía perfectamente que navegar hacia el Este, hacia las proximidades históricas de la costa norte dominicana, significaba adentrarse en aguas jurisdiccionales ajenas, exponiéndose a las patrullas fronterizas y a las traicioneras corrientes del Atlántico abierto. Pero la necesidad económica de sus hogares y la misteriosa atracción que ejercía el horizonte los empujaban a seguir adelante. Buscaban una pesca milagrosa, un cardumen tan masivo que justificara el riesgo de la transgresión y asegurara la tranquilidad de la respetada familia Robert y de las suyas propias por el resto del mes. La ambición y el presentimiento se mezclaban en el aire salado, nublando el juicio de los pescadores ante el peligro inminente.

A medida que el *Kannòt* se alejaba de las coordenadas conocidas, el mar comenzó a cambiar de carácter. Las olas, que antes mecían la barca con un ritmo predecible,

se volvieron más largas, profundas y oscuras, adquiriendo el color del carbón mojado. Siladi mantenía las manos firmes en los aparejos, sintiendo cómo la tensión en las cuerdas aumentaba a medida que la corriente se volvía más errática. El viento no soplaba de frente ni de espaldas; parecía remolinar alrededor de la embarcación, trayendo consigo un olor extraño, una mezcla de vegetación descompuesta y fango antiguo que no pertenecía al océano abierto. Los hermanos Guerlain y Bebeto compartieron una mirada de creciente preocupación; la complicidad silenciosa de la familia Robert se tiñó de una sospecha helada. Estaban entrando en un territorio prohibido, no solo por las leyes de los hombres, sino por los decretos de la propia naturaleza.

Bobibo se mantenía en la parte central de la barca, inmóvil como una estatua tallada en madera. Mientras los demás vigilaban el motor y el combustible, los ojos de Bobibo permanecían fijos en el abismo negro que se abría debajo de la quilla. Su sensibilidad espiritual le advertía que el mar ya no estaba vacío; debajo de ellos, el agua arrastraba el peso muerto de una historia no resuelta, un dolor antiguo que latía en el fondo del océano. El *Kannòt* continuó su avance implacable, cruzando el límite imaginario que ningún pescador cuerdo se atrevía a violar a esas horas de la madrugada. El rugido del motor parecía ahora un sacrilegio, un ruido profano que rompía un silencio histórico que debió quedar intacto por la eternidad. Con las coordenadas fijadas hacia el histórico y maldito puerto de La Isabela, los cinco jóvenes entraron en las aguas prohibidas,

ignorando que el mar ya los estaba observando y que la emboscada de terror cósmico estaba a punto de cerrarse sobre sus cabezas.

Reflexiones del Abismo

La línea que separa la audacia de la desgracia es tan invisible como las fronteras sobre el agua. Los cinco pescadores han cruzado el límite prohibido, empujados por el hambre de sus familias y por un presentimiento que los arrastra hacia el Este, directo a las fauces de la historia. Han abandonado el amparo de sus costas conocidas para navegar sobre tumbas olvidadas.

Mientras el motor consume los últimos rastros de la normalidad y el *Kannòt* se interna en las aguas de La Isabela, una pregunta terrible empieza a flotar en la neblina: ¿Se puede regresar de un lugar al que nunca se debió ir? El mar Caribe guarda en sus profundidades el dolor de los ancestros, y el agua tiene una memoria implacable. En el próximo capítulo, el tiempo se detendrá en el año 1496, y los cinco jóvenes descubrirán que el océano no solo esconde peces, sino también deidades sedientas de justicia. ¿Logrará la hermandad sobrevivir cuando el mar decida abrir los ojos?

PARTE II: LA PROFANACIÓN Y EL DESPERTAR
Cuando el mar abre los ojos

Capítulo 5: Las aguas malditas de La Isabela

Descripción: El lector llega a las coordenadas de 1496. Este capítulo explica la historia de Caonabo y por qué estas aguas son cementerio sagrado. El lector va a sentir que no están solos: el agua recuerda. Se describe el crujir del Kannòt rompiendo un silencio que debió quedar intacto. Aquí se planta la semilla del terror: profanaron una tumba y la tumba despertó.

CAINAMBO

Las aguas malditas de La Isabela

El reloj marcaba las cuatro de la madrugada, la hora exacta en que los vivos duermen el sueño más profundo y los muertos caminan sin el estorbo de la luz. El *Kannòt* redujo la marcha, dejando que el motor trabajara a un ralentí sordo y ahogado que parecía mimetizarse con el latido pesado del océano. Las coordenadas eran precisas y letales: se encontraban flotando sobre las aguas del histórico puerto de La Isabela. Para el ojo común, este era solo un punto geográfico en la costa norte; para Vini, cuya mente intelectual procesaba el entorno con una mezcla de pavor y fascinación histórica, estar allí era el equivalente a profanar un templo sagrado. Aquellas aguas no eran ordinarias; eran un cementerio líquido que guardaba el eco de la traición y el sufrimiento originario de la isla.

Vini miró hacia el fondo oscuro, sintiendo cómo el frío de la madrugada se transformaba en una rigidez helada que le atenazaba las sienes. En ese mismo punto, en el año 1496, el destino de la isla se había sellado con sangre. Allí, el cacique Caonabo, el guerrero más poderoso de la estirpe taína, el soberano del Maguana que había desafiado con fiereza inquebrantable a los conquistadores hispánicos, fue encadenado y subido a bordo de un navío con rumbo a España. Pero el océano, herido por la injusticia, desató una tormenta que hundió

la embarcación. Caonabo pereció en el fondo del mar, ahogado, encadenado y desaparecido para siempre de la superficie de la tierra. Su dolor, su rabia y el sufrimiento de los ancestros quedaron congelados en esas coordenadas específicas, sepultados bajo toneladas de agua salada que, durante más de quinientos años, habían acumulado un resentimiento silencioso contra el mundo de los vivos.

El crujir de la madera del *Kannòt* rompió un silencio abisal que debió quedar intacto por la eternidad. Cada chapoteo de los remos auxiliares y cada vibración del casco se sentían como un sacrilegio, un golpe directo sobre la tumba de un mito viviente. Siladi, con los brazos tensos sobre el cabo de la red principal, carraspeó para liberar la tensión, pero el sonido de su voz fue devorado de inmediato por la atmósfera densa. El agua que los rodeaba parecía haber cambiado de consistencia; ya no se movía con el vaivén natural del viento, sino que parecía densa, aceitosa, casi viva, reflejando las estrellas con una fijeza antinatural. Los pescadores no lo sabían, pero con su sola presencia, al cruzar el límite prohibido y perturbar la quietud de La Isabela, habían activado un mecanismo ancestral. Habían despertado a WANA, la Maestra del Agua, la deidad que dormitaba en el lecho marino custodiando el descanso eterno de Caonabo.

La complicidad silenciosa de los hermanos Guerlain y Bebeto se quebró cuando una neblina baja y helada comenzó a reptar por encima de la borda, lamiendo sus botas y humedeciendo los aparejos de pesca. La

respetada familia Robert se enfrentaba ahora a un peligro que no se podía combatir con la fuerza de los músculos ni con la destreza de la navegación. Bebeto sintió un escalofrío tan intenso que los dientes le castañetearon, mientras Guerlain, instintivamente, se aferró al crucifijo de madera que colgaba en la cuaderna central de la barca. Estaban flotando sobre el dolor del pasado, y el entorno comenzaba a pasarles factura. El mar, que posee una memoria implacable, reconoció en la madera de la embarcación y en las redes humanas el mismo instrumento de intrusión que cinco siglos atrás había alterado el orden sagrado del Caribe.

Bobibo, manteniendo su habitual laconismo, se puso de pie en el centro de la embarcación, desafiando el equilibrio del bote. Sus ojos, fijos en la profundidad del abismo negro, captaron un cambio sutil en las corrientes inferiores. Su extraña sensibilidad espiritual le permitió sentir la semilla del terror antes de que se manifestara físicamente: la tumba histórica de 1496 se había abierto bajo la quilla. El agua del puerto de La Isabela ya no recordaba la paz; recordaba las cadenas, el llanto de los vencidos y la furia del cacique desaparecido. El *Kannòt* tembló levemente de proa a popa, no por el golpe de una ola exterior, sino como si algo masivo y consciente estuviera exhalando un suspiro de muerte desde lo más profundo del suelo marino, preparándose para juzgar a los profanadores que se habían atrevido a turbar su santuario perfecto.

Reflexiones del Abismo

El agua olvida los rostros, pero jamás olvida la sangre. Los cinco pescadores caribeños han detenido su marcha sobre el epicentro de una herida histórica que nunca llegó a sanar. Al navegar sobre los restos del naufragio de Caonabo en 1496, han convertido su humilde herramienta de trabajo en un detonante de terror cósmico.

Mientras la neblina oculta las estrellas y el puerto de La Isabela se transforma en una trampa líquida, una sospecha terrible se clava en el corazón de los jóvenes: ¿Se puede pedir clemencia en un lugar donde la humanidad cometió su mayor traición? El silencio que acaban de romper ya no regresará. En el próximo capítulo, el aire cambiará de rumbo y la naturaleza misma se distorsionará para dar paso al despertar de WANA. El torbellino colosal aguarda, y el mar se dispone a reclamar su tributo de carne y madera. ¿Podrá la hermandad resistir la mirada de una diosa que odia a la humanidad?

Capítulo 6: El despertar de WANA

Descripción: El lector escucha el primer susurro de la diosa. Este capítulo narra cómo la naturaleza se distorsiona: viento del cenit, mar que se abre como boca. El lector va a conocer a WANA sin verla todavía. Va a sentir su furia milenaria, su odio por la humanidad, su memoria de 1496. Termina cuando el torbellino colosal atrapa al Kannòt y la embarcación empieza a girar hacia el abismo.

El despertar de WANA

El aire se congeló de golpe, perdiendo cualquier rastro de la calidez húmeda que caracteriza a las noches del Caribe. Las cuatro y cuarto de la madrugada envolvieron al *Kannòt* en una atmósfera tan enrarecida que a los pescadores les costaba llenar los pulmones; cada bocanada de aire se sentía como inhalar fragmentos de cristal helado. Fue entonces cuando la naturaleza misma comenzó a distorsionarse, rompiendo de forma violenta todas las leyes de la física y de la meteorología conocidas por el hombre. El viento, que hasta ese momento soplaba de manera errática desde los costados, cesó por completo en el plano horizontal. En su lugar, una corriente de aire gélido y antinatural empezó a descender directamente desde el cenit, vertical como una columna invisible, golpeando la parte superior de sus cabezas y el centro exacto de la embarcación. Era como si el mismo cielo se hubiera transformado en una boca invisible que exhalaba un suspiro de muerte sobre el puerto de La Isabela.

Vini, cuya mente intelectual siempre buscaba una explicación lógica para los caprichos del clima, se quedó sin palabras al observar cómo el agua que los rodeaba comenzaba a comportarse de manera aberrante. No había nubes de tormenta en el firmamento que justificaran el fenómeno, pero la superficie marina empezó a agitarse con un temblor interno, un latido colosal que ascendía

desde las profundidades más abisales. Antes de que pudieran reaccionar, el mar se abrió violentamente en el centro exacto del puerto histórico. El agua no se elevó en crestas ni en olas comunes; simplemente se retiró hacia los lados, creando un abismo concéntrico, un torbellino colosal y perfecto cuyas paredes líquidas reflejaban la negrura de la noche como espejos deformados. El *Kannòt* quedó atrapado de inmediato en la periferia de aquel remolino hambriento, comenzando a girar descontrolado, atraído inexorablemente hacia un vórtice que amenazaba con tragárselos vivos y devolverlos al barro de la historia.

En las entrañas de ese vórtice, antes de que cualquier presencia física se hiciera visible, el lector y los pescadores pudieron escuchar el primer susurro de la diosa. No era un sonido que viajara a través del aire; era una vibración sorda que resonaba directamente dentro de los cráneos de los cinco jóvenes, una frecuencia milenaria cargada de un odio puro y justificado por la humanidad. WANA, la Maestra del Agua, la soberana indiscutible de los mares caribeños, estaba despertando por completo de su letargo de siglos. En su mente cósmica, el ruido profano del motor de los humanos y el roce de sus redes habían reactivado la memoria traumática del año 1496. Para la deidad, cualquier rastro de la estirpe humana era sinónimo de la traición hispánica, de las cadenas de hierro y del sufrimiento agónico del cacique Caonabo, cuyo espíritu ella había custodiado en el fondo del océano desde el día de su desaparición.

Siladi intentó aferrarse a los remos para contrarrestar la fuerza centrífuga que arrastraba la barca, pero la madera crujía con tal violencia bajo la presión que amenazaba con astillarse en sus manos de acero. Los hermanos Guerlain y Bebeto se abrazaron al banco central, sintiendo cómo el *Kannòt* se inclinaba peligrosamente hacia el interior del abismo líquido, mientras la velocidad del giro aumentaba a cada segundo. El rugido del agua cayendo sobre sí misma era ensordecedor, un trueno continuo que ahogaba cualquier intento de comunicación. WANA no necesitaba mostrar su rostro todavía para sembrar el terror absoluto; su furia milenaria se manifestaba en la escala del torbellino, en la temperatura ártica del agua que salpicaba sus rostros y en la absoluta certeza de que estaban atrapados en los dominios de una fuerza que detestaba la existencia misma del hombre.

Bobibo seguía en pie, balanceándose de manera casi milagrosa en medio del caos, con la mirada fija en el fondo oscuro del embudo marino. A través de su extraña sensibilidad espiritual, él podía percibir la anatomía del odio de la diosa: no era una maldad gratuita, sino el resultado de cinco siglos de observar la codicia y la crueldad de los hombres en la superficie de su templo santo. El torbellino continuó cerrándose de manera implacable, obligando a la proa del *Kannòt* a apuntar directamente hacia las profundidades oscuras donde el tiempo se detiene. El borde de la destrucción total estaba a solo unos metros de distancia, y mientras la embarcación aceleraba en su descenso hacia el abismo,

los cinco pescadores caribeños comprendieron que la naturaleza los había sentenciado a muerte, y que el mar, finalmente, había abierto los ojos para reclamar su justicia.

Reflexiones del Abismo

Cuando las leyes de la tierra se rompen y el cielo exhala vientos desde el cenit, el hombre descubre lo insignificante que es ante los ojos de lo eterno. Los cinco pescadores ya no navegan sobre el mar; ahora giran en la periferia de una furia divina que ha esperado quinientos años para cobrarse las deudas del pasado. WANA ha escuchado la profanación y su respuesta es un abismo que no conoce la compasión.

Mientras el *Kannòt* se desliza por las paredes líquidas del torbellino de La Isabela, una verdad aterradora se impone en medio del ruido ensordecedor: el odio de una deidad es un espejo que refleja nuestros propios pecados ancestrales. En el próximo capítulo, el caos alcanzará su punto más alto, y en medio de los gritos de terror y la desesperación absoluta, se revelará la figura antropomórfica que habita en el ojo del huracán. ¿Podrá la hermandad de la familia Robert y sus amigos mantenerse unida cuando la madera comience a ceder ante los titanes del océano? El descenso ha comenzado, y la boca del mar está completamente abierta.

Capítulo 7: El torbellino de 1496

Descripción: El lector está en el ojo del huracán. Este capítulo es caos puro: madera crujiendo, olas como titanes, gritos de terror. El lector va a vivir la desesperación de Guerlain y Bebeto clamando a Dios, de Vini y Siladi sentenciando su muerte. Pero también va a sentir el primer indicio de esperanza: Bobibo no grita, Bobibo escucha algo más profundo. Termina con la figura antropomórfica apareciendo en el centro del vórtice.

El torbellino de 1496

El caos en el ojo del huracán era absoluto, una sinfonía de destrucción que parecía diseñada para triturar la cordura de cualquier mortal. Atrapado en las paredes líquidas del inmenso remolino concéntrico del puerto de La Isabela, el *Kannòt* giraba a una velocidad vertiginosa, inclinado en un ángulo tan pronunciado que desafiaba toda ley de gravedad conocida. Las olas ya no eran simples masas de agua en movimiento; se habían transformado en titanes de carbón líquido que golpeaban el casco con la fuerza de mazos de hierro, levantando una espuma salada y pulverizada que cegaba los ojos y cortaba la respiración. La madera de la embarcación emitía un crujido agónico, un quejido estructural continuo que anunciaba que las cuadernas estaban a punto de colapsar bajo la presión de las profundidades hambrientas.

En medio de aquel escenario apocalíptico, la desesperación humana se desató con la fuerza de un dique roto. El llanto desolado de los pescadores rasgó la noche profunda, mezclándose con el rugido ensordecedor del abismo. Dándose por muertos ante la inminencia del naufragio, los hermanos Guerlain y Bebeto cayeron de rodillas sobre la madera húmeda y resbaladiza del fondo del bote. Olvidando por completo las redes y los aparejos, se aferraron el uno al otro con la fuerza de los lazos de sangre, alzando los ojos nublados por las

lágrimas y la sal hacia el cielo hostil. Sus voces, unidas por el espanto de la respetada familia Robert, clamaron con fervor desesperado: *«¡Dios, sálvenos, somos inocentes! ¡No sabíamos lo que hacíamos!»*. El pánico se contagiaba como el fuego en la paja seca. Vini, el intelectual, y Siladi, el hombre cuyos brazos de acero se sentían inútiles ante la escala del desastre, miraron la pared de agua que se alzaba sobre ellos y sentenciaron con el peso de la resignación absoluta: *«¡Vamos a morir! ¡De aquí nadie sale vivo!»*.

Sin embargo, en el epicentro absoluto de aquel pánico colectivo, Bobibo rompió la norma. Mientras sus compañeros gritaban, lloraban y se resignaban a la muerte, el más callado y taciturno de los cinco permanecía inmóvil, de pie en el centro de la barca que se sacudía violentamente. Sus ojos no reflejaban el terror del entorno, sino una fijeza mística que rozaba el trance. En lugar de bloquear el estrépito de la tormenta, Bobibo comenzó a escuchar algo más profundo, una frecuencia sutil que viajaba por debajo del rugido de los titanes de agua. Sintió una fricción abrasadora en el pecho, un calor intenso que contrastaba con el frío ártico de la madrugada, como si una verdad ancestral estuviera abriéndose paso a través de su propia carne. Su extraña sensibilidad espiritual, el sexto sentido que siempre lo había mantenido apartado de la normalidad de la isla, le advirtió que el torbellino no era solo un fenómeno destructivo, sino una manifestación de dolor puro que requería una respuesta que la fuerza bruta de los hombres jamás podría darle.

Fue entonces cuando la neblina pulverizada que flotaba en el centro exacto del vórtice comenzó a condensarse de manera milagrosa. El viento vertical del cenit disminuyó su velocidad por una fracción de segundo, permitiendo que una silueta empezara a tomar forma en el ojo del remolino. No era un monstruo marino ordinario, ni una acumulación caprichosa de algas y espuma; era una figura antropomórfica, una entidad espiritual pura que flotaba en el eje central de la destrucción, manteniéndose perfectamente estable mientras todo lo demás giraba a su alrededor. El *Kannòt* completó otra vuelta descontrolada, acercándose un metro más al epicentro del embudo líquido, dejando a los cinco pescadores caribeños a merced de la mirada de aquella aparición que acababa de emerger de las cenizas de la historia de 1496.

Reflexiones del Abismo

El orgullo de los hombres se desvanece cuando la madera rústica de sus herramientas empieza a crujir ante los verdaderos dueños del mundo. La familia Robert y sus hermanos de mar han descubierto que sus fuerzas, sus rezos tradicionales y su intelecto nada pueden hacer cuando el océano decide ajustar las cuentas del pasado. El llanto y los gritos de muerte llenan el aire, pero el agua no se conmueve con la desesperación de los mortales.

Mientras la figura antropomórfica se materializa en el centro mismo del caos líquido, una certeza sobrecogedora se instala en el alma del lector: la única salida del abismo no se encuentra en la huida, sino en la capacidad de escuchar lo que el terror intenta decirnos. Bobibo ha encontrado una frecuencia oculta en medio del estrépito de los titanes. En el próximo capítulo, los ojos humanos verán por primera vez la fisonomía exacta de la Maestra del Agua. WANA se mostrará en toda su majestad sin escamas, y los pescadores sabrán si han despertado a una salvadora o a su verdugo definitivo. ¿Estás listo para sostenerle la mirada a una deidad de mil años de antigüedad?

Capítulo 8: La figura sin escamas

Descripción: El lector ve a WANA por primera vez. Este capítulo describe a la diosa: no es sirena, es mujer de dieciocho años con mil años de existencia, vestida de raíces y algas abisales. El lector va a entender su soberanía, su poder sobre el océano y su odio justificado. Aquí Vini la analiza con horror y fascinación. Termina con WANA fijando su mirada en los cinco pescadores, lista para juzgar.

La figura sin escamas

El universo se redujo a la circunferencia del vórtice, un cilindro de agua negra cuyas paredes giraban con la velocidad de un proyectil, aislando por completo al *Kannòt* del resto del planeta. En el centro exacto de aquel abismo, suspendida sobre el eje donde la fuerza centrífuga se anulaba, la figura antropomórfica terminó de materializarse ante los ojos desorbitados de los cinco pescadores caribeños. No era un monstruo de las leyendas marineras europeas; no había colas de pez retorcidas, ni escamas brillantes, ni aletas branquiales que delataran una naturaleza animal. Lo que los jóvenes tenían ante sí era algo mucho más perturbador por su aparente humanidad: una deidad con cuerpo de carne invisible, una aparición de una perfección anatómica que cortaba el aliento, pero cuya sola presencia irradiaba una soberanía cósmica absoluta sobre todo el océano.

Vini, aferrado con los nudillos blancos a la borda de la embarcación, forzó la vista a través de la cortina de agua pulverizada y neblina helada. Su mente intelectual, acostumbrada a catalogar el mundo, experimentó un choque eléctrico entre el horror y la fascinación más pura al intentar procesar la contradicción biológica de la entidad. Para los ojos humanos limitados por el tiempo, la figura aparentaba ser una joven mujer de apenas dieciocho años de edad, poseedora de rasgos finos y una

fijeza marmórea. Sin embargo, en el reino eterno de donde provenía, un lugar donde el tiempo no corre sino que se acumula en un presente perpetuo, su existencia real superaba los mil años de antigüedad. Era casi una niña para los parámetros de su estirpe divina, pero cargaba en su mirada el peso, la sabiduría y la furia acumulada de un milenio completo de mareas, naufragios y secretos sepultados.

El ropaje de la deidad era una prolongación viviente del mismo fondo marino, una estructura orgánica que parecía moverse con voluntad propia. No vestía telas tejidas por manos humanas, sino una túnica ceremonial hecha de raíces retorcidas de manglares sagrados, algas abisales de un verde tan oscuro que rozaba el negro, y ramas sumergidas que se entrelazaban alrededor de su silueta como una armadura vegetal en constante crecimiento. La putrefacción natural de la vegetación marina se mezclaba con una belleza inconmensurable, creando un contraste visual que paralizaba los sentidos. En su rostro, de una simetría perfecta, se reflejaba una furia milenaria que congelaba la sangre. Sus ojos perfectos guardaban el reflejo exacto de los eventos de 1496; la traición de los conquistadores, las cadenas impuestas al cacique Caonabo y el dolor de los ancestros ahogados ardían en sus pupilas con la intensidad de un fuego subacuático que el océano jamás había podido apagar.

La experiencia previa de WANA con la raza humana había sido nefasta. Durante siglos, los hombres solo se habían acercado a sus dominios para manchar el agua con

sangre, para saquear sus riquezas con codicia ciega y para romper el equilibrio santo de su templo marino. Odiaba a la humanidad con la justificación de quien ha sido testigo de su crueldad innata. Por ello, al fijar sus ojos en los cinco pescadores, no vio a cinco muchachos humildes intentando mantener a sus familias en el Departamento Norte; vio a cinco representantes de la especie transgresora que se había atrevido, una vez más, a profanar el santuario de La Isabela donde descansaban los restos sagrados del pasado.

El *Kannòt* completó su giro más cercano al ojo del huracán, quedando a escasos metros de la deidad. La inclinación del bote era tan extrema que el agua comenzaba a lamer el borde interior de la madera rústica, amenazando con hundir a la respetada familia Robert y a sus compañeros en cualquier instante. Vini, Siladi, Guerlain y Bebeto permanecían postrados, incapaces de sostenerle la mirada a la soberana del agua, sintiendo que sus almas desnudas eran juzgadas y condenadas en ese mismo segundo. Solo Bobibo, manteniendo su trance místico, sostenía la vista frente a los ojos ardientes de la diosa, convirtiéndose en el único puente fino entre el terror cósmico del océano y la fragilidad de la carne humana. WANA alzó levemente su mano derecha, hecha de agua congelada y raíces, y el torbellino pareció rugir con más fuerza, listo para ejecutar la sentencia definitiva contra los invasores.

Reflexiones del Abismo

La belleza de los dioses antiguos es el peor de los terrores, porque no permite apartar la vista de nuestra propia destrucción. Los cinco pescadores han contemplado el rostro sin escamas de WANA, la Maestra del Agua, y en sus ojos de mil años han descubierto que el océano no es un recurso que se pueda explotar, sino un templo viviente que exige justicia por las ofensas del pasado.

Mientras la deidad levanta su mano vegetal y el *Kannòt* tiembla en el borde mismo de la disolución, una pregunta desesperada invade la mente del lector: ¿Qué argumento puede ofrecer la humanidad ante una fuerza que tiene todas las razones para odiarnos? Las redes están vacías, los músculos de Siladi son inútiles y el intelecto de Vini se ha quebrado. En el próximo capítulo, entramos en la Parte III de esta odisea caribeña, donde el arte y la fe se convertirán en las últimas armas disponibles. Bobibo está a punto de abrir la boca en medio del rugido de los titanes, y el canto de los pescadores desafiará el decreto de una diosa. ¿Podrá la música detener el juicio final del mar?

PARTE III: EL CÁNTICO Y EL MILAGRO
Cuando el arte doblega a un dios

Capítulo 9: Cántico en el ojo del huracán

Descripción: El lector escucha a Bobibo cantar. Este capítulo explica cómo el más callado abre la boca y el mundo se detiene. El lector va a aprender el cántico ancestral palabra por palabra, con el coro respondiendo Moun, Han, Non, Ah, WANA. Va a sentir que el arte es más fuerte que la fuerza bruta. Termina con el cielo partiéndose y los truenos cayendo como lenguas de fuego, pero el cántico no se apaga.

Cántico en el ojo del huracán

El brazo de WANA permanecía alzado en el centro del eje cósmico, y bajo ese gesto soberano, las paredes del torbellino de La Isabela comenzaron a cerrarse con una velocidad aplastante. El final de la respetada familia Robert y de sus compañeros de mar parecía sellado en las bitácoras invisibles del océano. La madera rústica del *Kannòt* crujía en su límite absoluto de resistencia, cediendo ante la presión de los titanes de agua que amenazaban con astillar la barca en mil pedazos. El aire helado del cenit cortaba como cuchillos la piel de los jóvenes pescadores caribeños, cuyos lamentos ya no tenían fuerza ante el rugido ensordecedor del abismo. Pero en el instante exacto en que la primera ola colosal se combó sobre la borda para tragárselos para siempre, el mundo, de manera imprevista, experimentó una fractura mística.

Bobibo, manteniendo sus pies firmes sobre la estructura oscilante de la barca, abrió la boca. El más callado y taciturno de los cinco, el joven cuya belleza mística y sensibilidad espiritual siempre lo habían colocado en la periferia de la normalidad de la isla, dejó que una vibración profunda emanara desde el centro de su pecho ardiente. Su voz no brotó con el tono del pánico humano, sino con una afinación perfecta, una melodía ancestral y fúnebre que parecía rescatada de los tiempos en que los

hombres y la naturaleza hablaban el mismo idioma. Al emitir la primera nota, el estrépito del huracán sufrió una deceleración imperceptible pero real, como si el propio viento vertical se detuviera a escuchar la audacia de un mortal moribundo.

El canto comenzó a expandirse sobre el rugido del agua, palabra por palabra, con una poética desarradora que buscaba apaciguar la furia de la deidad sin escamas. Los demás pescadores, poseídos de golpe por un trance divino que barrió de inmediato el llanto de sus rostros, sintieron una fuerza superior que les enderezó la espalda. Contagiados por la pureza de Bobibo, Vini, Siladi, Guerlain y Bebeto asumieron las voces tribales de los antiguos habitantes de La Isla Española, uniendo sus cuerdas vocales en un coro rítmico que respondía con precisión milimétrica al lamento del solista. El cántico sagrado resonó con una belleza terrible sobre la inmensidad del desastre:

> **Bobibo:** Cuando mis pies pisan la tierra, me rodean aquellos que se dicen mis amigos...
> **El Coro:** *(Moun...)*
> **Bobibo:** Pero cuando me hundo en las aguas, en lo más profundo del vientre del mar...
> **El Coro:** *(Han, Han...)*
> **Bobibo:** No confío en ningún mortal, en ningún alma humana.
> **El Coro:** *(Non...)*
> **Bobibo (Gritando con fervor):** ¡Oh, Maestra WANA! Tú eres la dueña del agua, soberana de los

mares, sé también mi guía en la penumbra. ¡Sácame de este tormento!
> **El Coro:** *(Ah, Ah... WANA... WANA... WANA...)*

El impacto de la música en el entorno fue inmediato y apocalíptico. El arte, brotando de la pureza de la inocencia y el respeto reverente, demostró ser una fuerza más poderosa que la violencia desatada de los elementos. Al escuchar su nombre invocado con la dignidad de los antiguos rituales, los ojos perfectos de WANA destellaron con una conmoción cósmica. La declaración de impotencia humana y sumisión ante su soberanía tocó una fibra en su memoria de mil años. Sin embargo, la transición no sería pacífica. El cielo sobre el puerto de La Isabela pareció partirse literalmente en dos mitades simétricas. Truenos ensordecedores, con una potencia que rajó el firmamento de la isla de costa a costa, destrozaron las últimas corrientes del clima monzónico. Los relámpagos comenzaron a caer de forma consecutiva, descendiendo sobre la superficie del torbellino como lenguas de fuego viviente que iluminaban la túnica de raíces y algas abisales de la diosa en medio de aquella tormenta apocalíptica.

A pesar de las descargas eléctricas que amenazaban con evaporar el *Kannòt*, el cántico de Bobibo y las respuestas rítmicas del coro no se apagaron. Al contrario, las voces de los cinco jóvenes adultos se volvieron más fuertes, estables y unificadas, desafiando el estrépito de los rayos con la sola potencia de su fe y su arte.

Comprendieron que la música era su único salvoconducto, el hilo invisible que los mantenía unidos a la vida mientras el mar decidía su destino. WANA, suspendida en el ojo del huracán, bajó lentamente el brazo, observando con una mezcla de horror divino y fascinación contenida a las cinco criaturas que, en lugar de luchar con la fuerza bruta de sus músculos, habían elegido doblegar su furia milenaria entregándole sus almas a través de una melodía sagrada.

Reflexiones del Abismo

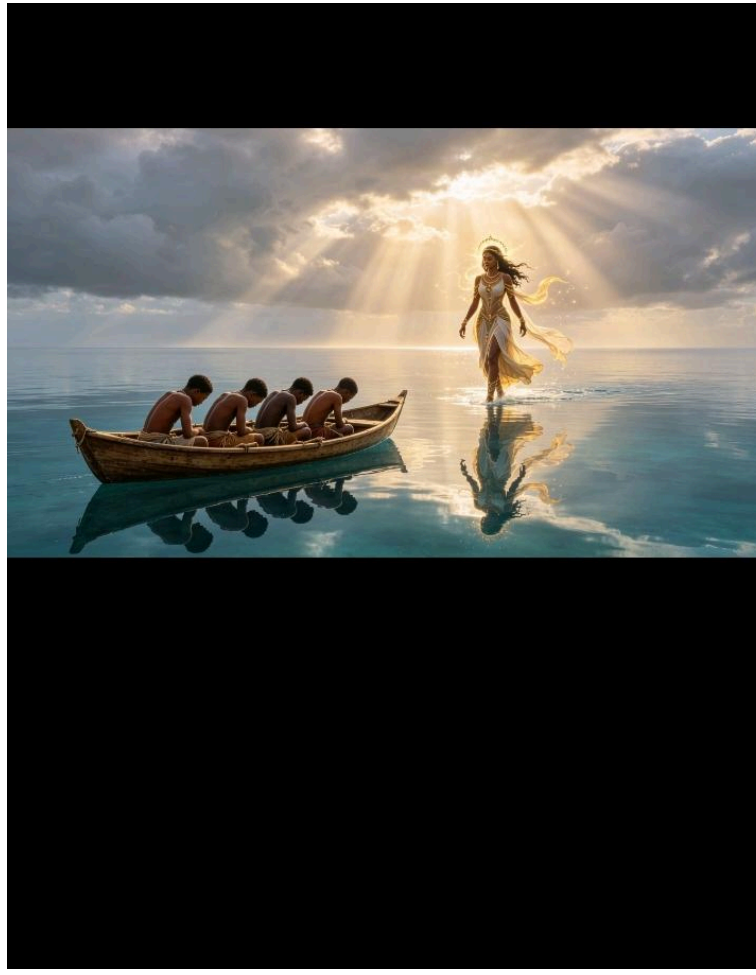
Cuando la fuerza de los titanes flaquea y el intelecto de los hombres se quiebra, solo el arte posee la soberanía necesaria para hablarle de frente a los dioses. Los cinco pescadores han convertido su pánico en un himno, desafiando las lenguas de fuego que caen del cielo con la sola pureza de sus voces unidas en la penumbra de La Isabela.

Mientras el eco del coro *(WANA... WANA...)* sigue rebotando en las paredes líquidas del torbellino y los relámpagos iluminan el rostro milenario de la deidad, una certeza se impone en el espíritu del lector: el mar ha escuchado el canto de la inocencia, pero un dios no cambia de parecer sin exigir un precio a cambio. En el próximo capítulo, el caos dará paso a una paz sobrenatural, una quietud de cristal donde el tiempo se congelará y los pescadores caribeños descubrirán si el

respeto ha sido suficiente para ganarse la piedad de la Maestra del Agua. ¿Qué sucede cuando el viento destructivo se arrodilla ante la música de los mortales? El firmamento sigue partido, pero el canto ha dejado su marca en el abismo.

Capítulo 10: La paz de cristal

Descripción: El lector respira por primera vez. Este capítulo narra el milagro: el viento se congela, las olas se arrodillan, el abismo se vuelve superficie lisa. El lector va a entender que el respeto doblegó a la diosa. WANA camina sobre el agua y los cinco se postran. Aquí la tensión baja, pero el asombro sube. Termina con Bobibo, hipnotizado, preguntando su nombre a la deidad.



La paz de cristal

El estrépito de las lenguas de fuego y el rugido de los truenos que habían rajado el firmamento de la isla comenzaron a extinguirse con una rapidez sobrenatural, dejando un zumbido sordo en los oídos de los cinco pescadores caribeños. Por primera vez desde que las cuatro de la madrugada marcaran el inicio del horror, el lector y los jóvenes pudieron respirar un aire que ya no quemaba las gargantas con el frío del cenit. El milagro se manifestó no con una nueva explosión de energía, sino con una ausencia absoluta de movimiento que desafiaba cualquier lógica climática. De golpe, como si una mano invisible hubiera congelado el transcurrir del tiempo en el puerto histórico de La Isabela, el viento destructivo que alimentaba el vórtice se detuvo en seco, atrapado en un suspenso místico.

Las olas colosales, que un segundo antes se alzaban como titanes hambrientos listos para triturar la madera rústica del *Kannòt*, sufrieron una mutación asombrosa: parecieron arrodillarse ante la presencia de la melodía que aún flotaba en el ambiente, perdiendo su fuerza centrífuga y enderezándose de forma paulatina. El inmenso abismo concéntrico que amenazaba con tragárselos vivos se aplanó por completo, transformándose en una superficie lisa, pulida y perfecta como el cristal de un espejo sagrado. La neblina

pulverizada se disipó, revelando un mar tan sereno que reflejaba las estrellas fijas del cielo caribeño con una nitidez impecable, borrando la frontera física entre el firmamento y las profundidades del océano. La tensión en los cuerpos de los jóvenes bajó de golpe, pero el asombro subió hasta rozar las fronteras de la reverencia más absoluta; entendieron que el arte, el respeto reverente y la pureza de sus voces unificadas habían logrado lo imposible: doblegar la furia milenaria de una diosa.

De la quietud perfecta de ese escenario de cristal, la Gran WANA comenzó a desplazarse. Su aparición, que antes causaba un pavor que paralizaba los músculos, se reveló ahora en toda su belleza inconmensurable, una divinidad que era al mismo tiempo terrible y hermosa de contemplar. A pesar de que sus ropas vivientes estaban confeccionadas con la putrefacción natural de las raíces de manglar, las algas abisales y los filamentos marinos, la deidad emanaba una dignidad real que obligaba a la sumisión. Caminó por encima de la superficie del agua con una ligereza que desafiaba las leyes de la carne; el mar parecía expandirse sutilmente bajo sus plantas invisibles, rindiéndole pleitesía y creando pequeñas ondas concéntricas de luz plateada a cada paso que daba hacia la embarcación.

Ante la proximidad de la soberana del océano, los cinco pescadores caribeños inclinaron la cabeza de manera unánime, postrándose sobre las tablas húmedas del bote en un acto de devoción absoluta. Ya no quedaban rastros

de la soberbia humana ni del intelecto analítico de Vini; la fuerza de los brazos de Siladi se rindió ante la evidencia de lo sagrado, y los hermanos Guerlain y Bebeto mantuvieron las manos juntas, no ya implorando por una salvación desesperada, sino reconociendo la soberanía de la dueña del agua. La deidad se detuvo a escasos centímetros de la borda del *Kannòt*, deteniendo su mirada fija, penetrante y cargada con el peso de un milenio de existencia sobre los cuerpos de los muchachos. Con una voz que no requería del aire para sonar, un trueno silencioso que retumbó directamente en el alma de los presentes, WANA les advirtió con severidad cósmica que jamás osaran regresar a profanar su santuario perfecto, ese hogar santo que custodiaba las heridas de 1496.

El silencio que siguió a la advertencia divina era tan denso que se podía escuchar el latido unificado de la hermandad. Fue en ese instante de máxima solemnidad cuando Bobibo, completamente hipnotizado por la luz mística que emanaba de la criatura y desprovisto de cualquier rastro de temor mundano, levantó ligeramente la mirada. Sosteniendo el vínculo espiritual que los había salvado de la muerte en el ojo del huracán, el joven más callado de la isla abrió la boca para formular la pregunta que sellaría el pacto entre los hombres y el mito. Con un hilo de voz, pura y desarmada, le preguntó su nombre a la deidad. La aparición enderezó su silueta de raíces y algas, y mientras el cristal del mar vibraba bajo sus pies, se preparó para dictar la sentencia de su identidad ante la historia.

Reflexiones del Abismo

La paz que otorgan los dioses es más profunda que el más violento de los huracanes, porque exige el silencio absoluto de nuestro orgullo. Los cinco pescadores han visto a los titanes del agua arrodillarse ante la belleza de la música, transformando el vórtice de la destrucción en una superficie lisa donde la tierra y el cielo se confunden. El respeto ha ganado una tregua, pero la fragilidad de la carne sigue expuesta ante la mirada de lo eterno.

Mientras Bobibo formula la pregunta definitiva y el *Kannòt* descansa sobre la quietud de cristal de La Isabela, una intriga sobrecogedora se clava en la mente del lector: ¿Qué secretos revela un dios cuando decide pronunciar su propio nombre ante los mortales? La soberana del agua está a punto de hablar, y sus palabras marcarán la memoria de la isla para siempre. En el próximo capítulo, la voz de la deidad resonará con el orgullo del firmamento, y los pescadores descubrirán el tamaño del perdón que se esconde detrás del terror cósmico. ¿Estás listo para escuchar la declaración de WANA?

Capítulo 11: "Yo soy WANA, hija del firmamento"

Descripción: El lector escucha la declaración de la diosa. Este capítulo revela la identidad, la soberanía y los mil años de templo en el océano. El lector va a comprender por qué WANA odia y por qué decide perdonar. Se explica que el canto puro de Bobibo conmovió su furia milenaria. Termina con la promesa: no profanen más este santuario, y con la advertencia que quedará grabada en ellos.

"Yo soy WANA, hija del firmamento"

El silencio que cubría la superficie lisa como el cristal en el puerto de La Isabela se volvió aún más denso, adquiriendo una cualidad casi sagrada. Ninguna onda alteraba la quietud del agua; ningún soplido de viento osaba cruzar el espacio entre la embarcación y la entidad espiritual. Las palabras que Bobibo había pronunciado, desarmadas y puras, quedaron flotando en el aire frío de la madrugada como una ofrenda final. La deidad sin escamas, cuya silueta de raíces y algas abisales parecía absorber la luz de las estrellas, fijó sus pupilas perfectas en el joven místico. En sus ojos, donde aún ardía el dolor histórico de 1496 y el recuerdo del cacique Caonabo, se produjo una transmutación cósmica: la furia destructiva dio paso a una majestuosidad serena, soberana y profundamente imponente.

La deidad enderezó su postura, elevándose sutilmente por encima de la línea del agua sin perder su conexión mística con las profundidades. Cuando abrió la boca, no se produjo un sonido terrenal; su declaración se manifestó como una voz de trueno poderoso y silencioso a la vez, una frecuencia vibratoria que sacudió la madera rústica del *Kannòt* y resonó con una fuerza descomunal directamente en el centro del pecho de los cinco pescadores caribeños. La naturaleza entera pareció contener el aliento ante la revelación de su identidad:

—Yo soy WANA, hija del firmamento —declaró con un orgullo cósmico que hizo vibrar el cristal del mar—, y este océano ha sido mi templo durante mil años de existencia.

El lector y los jóvenes pescadores pudieron comprender en ese instante, a través de la onda expansiva de sus palabras, la magnitud real de la entidad que tenían enfrente. WANA no era una criatura nacida de la superstición de los marineros, sino una fuerza primigenia, una guardiana del equilibrio de La Isla Española cuyo templo abisal había sido profanado sistemáticamente por la codicia de la especie humana. Su odio justificado hacia la humanidad cobró un sentido absoluto para Vini, cuya mente intelectual comprendió por primera vez que el sufrimiento de los ancestros, la traición hispánica y el llanto de los vencidos seguían vivos bajo el agua, protegidos por la soberanía de esta hija del cielo. WANA tenía todas las razones del mundo para destruirlos, para ahogar sus nombres en el olvido del Atlántico; y sin embargo, el destino había tomado un rumbo distinto.

El canto puro, reverente e inocente de Bobibo, secundado por el coro rítmico de Siladi y los hermanos de la respetada familia Robert, había logrado lo que ninguna fuerza bruta ni armamento humano podría haber conseguido. La música había tocado la fibra más profunda de la furia milenaria de la diosa. En la perfecta afinación del cántico ancestral, WANA reconoció el eco de los antiguos habitantes de la isla, aquellos que sabían

pedir permiso al mar antes de tomar sus frutos y que entendían el valor sagrado del respeto mutuo entre el hombre y los elementos. Conmovida por la pureza de esa entrega artística en medio del pánico absoluto, la soberana del agua tomó una decisión que cambiaría el curso de la historia de la navegación caribeña: decidió tener piedad de los cinco jóvenes adultos.

La mirada de la diosa se volvió severa una vez más, fijando la advertencia que quedaría grabada a fuego en la memoria y en las almas de los pescadores por el resto de sus días. Les ordenó que regresaran a sus tierras y que extendieran el mensaje a todos los hombres de la superficie: el puerto de La Isabela era un santuario perfecto, un hogar santo que no admitía la ambición ciega ni la profanación de sus memorias. Si algún mortal osaba regresar con intenciones de perturbar la quietud de las coordenadas de Caonabo, la tregua se rompería y el abismo los devoraría sin remisión. Los cinco muchachos, con el corazón latiendo con fuerza pero aliviados por el peso del perdón divino, asintieron con la cabeza baja, aceptando los términos de un pacto mudo entre la humanidad y el mito. WANA comenzó a desvanecerse lentamente en la neblina plateada que volvía a brotar del agua, dejando tras de sí la promesa de la vida y una última sorpresa colosal que aguardaba oculta bajo la quilla de su fiel embarcación.

Reflexiones del Abismo

La voz de un dios no se olvida; se convierte en un eco eterno que habita en las paredes del pensamiento. Los cinco pescadores han escuchado la declaración de WANA, la hija del firmamento, y han sobrevivido para contarlo gracias al poder de un canto inocente que doblegó cinco siglos de resentimiento y dolor histórico. La soberana ha perdonado sus vidas, pero la lección viene acompañada de un decreto inalterable: el mar exige respeto absoluto.

Mientras la silueta de raíces y algas de la deidad se disuelve en la quietud de la madrugada y el puerto de La Isabela se prepara para despedir a los intrusos, una pregunta cargada de expectación se instala en el ánimo del lector: ¿Qué clase de regalo otorga la reina del océano a los hombres que lograron conmover su furia milenaria? La advertencia ha quedado grabada, pero la jornada aún no ha terminado. En el próximo capítulo, las redes vacías se transformarán en el testimonio material del milagro, y el regreso triunfal a las seis de la mañana encenderá las alarmas del poder político de la isla. ¿Estás listo para ver cómo el milagro del agua sacude los cimientos de la tierra?

Capítulo 12: Redes llenas de milagro

Descripción: El lector ve el premio. Este capítulo describe cómo las redes se llenan de peces como jamás se había registrado. El lector va a sentir el regreso triunfal a las seis de la mañana, el sol iluminando rostros pálidos pero victoriosos. Aquí el milagro se vuelve material. Termina con el desembarco y con el rumor del trueno celestial llegando ya al Palacio Nacional.

Redes llenas de milagro

La silueta mística de la Gran WANA terminó de disolverse por completo en la neblina plateada, dejando tras de sí un rastro de fosforescencia que tardó varios minutos en apagarse sobre la superficie lisa del puerto de La Isabela. El silencio sagrado que había acompañado la voz de la deidad comenzó a ceder de manera paulatina ante los sonidos naturales del amanecer caribeño. Las primeras luces del alba, con tonalidades de oro viejo y violeta, empezaron a rasgar el horizonte oriental, disipando el frío ártico del cenit que había amenazado con congelar la sangre de los pescadores. Sentados en sus respectivos bancos de madera rústica, los cinco jóvenes adultos se miraron los unos a los otros en un estado de estupor absoluto; sus rostros estaban pálidos, cubiertos por una capa de sal y lágrimas secas, pero sus ojos reflejaban la chispa de haber cruzado el umbral de la muerte y haber regresado con vida.

Fue Siladi quien, movido por el instinto mecánico de su oficio y la fuerza inalterable de sus brazos de acero, rompió el letargo del grupo. Al asomarse por encima de la borda del *Kannòt*, notó que las cuerdas de las redes principales, que habían quedado suspendidas en el agua durante el torbellino, estaban tensas al límite de su resistencia física. Con un grito ronco, llamó a los hermanos Guerlain y Bebeto para que lo ayudaran a jalar.

Al primer tirón, el casco de la embarcación se inclinó de lado debido al peso descomunal que ascendía desde las profundidades del santuario marino. Vini, abandonando su parálisis intelectual, se sumó a la faena, mientras Bobibo permanecía en la popa, observando el proceso con una sonrisa serena que confirmaba que el regalo de la hija del firmamento estaba a punto de manifestarse en el mundo material.

El lector y los pescadores contemplaron entonces el premio colosal de la piedad divina. A medida que la red rompía la superficie del agua, una masa plateada y viviente comenzó a desbordarse hacia el interior del bote. Las redes se encontraban atestadas por una cantidad de peces tan masiva, compacta y perfecta que jamás se había registrado un evento similar en toda la historia de la navegación caribeña. Especies que habitualmente habitaban en los abismos más profundos e inaccesibles del Atlántico abierto nadaban aprisionadas junto a los ejemplares costeros, todos poseedores de una carne firme y un brillo sobrenatural que parecía reflejar la luz del milagro. La carga era tan descomunable que el *Kannòt* se asentó en el agua hasta el límite seguro de su línea de flotación; la abundancia era real, tangible, un testimonio físico de que el canto puro de Bobibo había conmovido la furia de la diosa.

El motor fuera de borda encendió al primer intento, emitiendo un rugido alegre que contrastaba con el sonido ahogado de las cuatro de la madrugada. El regreso del grupo a las seis de la mañana fue una marcha triunfal en

medio de las aguas pacíficas del Departamento Norte. El sol del amanecer iluminaba de frente sus rostros pálidos pero victoriosos mientras la proa de la embarcación enfilaba hacia Bord de Mer de Limonade. Desde la orilla, las familias de los jóvenes y los habitantes del litoral observaban con incredulidad el regreso de la barca; el oleaje místico de la tormenta de La Isabela había sido tan devastador que el mar se había agitado de forma anómala, provocando que las aguas inundaran de forma repentina los hogares de las costas durante la madrugada, sembrando el pánico en la población costera. Ver aparecer al *Kannòt* cargado hasta los topes en medio de aquella calma repentina se sintió como una aparición de otro mundo.

El desembarco de la carga milagrosa desató un tumulto inmediato en la playa. La cantidad de pescado superaba con creces la capacidad de almacenamiento de toda la comunidad, y el rumor de lo sucedido comenzó a correr como la pólvora a través de las redes de comunicación de la isla. Sin embargo, el estrépito de la tormenta mística, las descargas eléctricas y aquel ruido colosal similar al sonido de una trompeta celestial que había rajado el firmamento de costa a costa no pasaron desapercibidos para las autoridades del país. Las mediciones anómalas y los reportes de las inundaciones costeras llegaron en cuestión de minutos a los despachos del Palacio Nacional, despertando la alarma del mismísimo presidente de la República, René Préval. Mientras los cinco jóvenes intentaban abrazar a sus familiares de la respetada familia Robert, un contingente de soldados del

gobierno se presentó en la orilla del mar, rodeando a los pescadores y notificándoles su arresto inmediato bajo órdenes directas del mandatario. La odisea en las aguas malditas había concluido, pero el juicio ante las leyes de la tierra firme apenas estaba por comenzar.

Reflexiones del Abismo

El milagro de los dioses nunca viene desprovisto de consecuencias en el mundo de los hombres. Los cinco pescadores caribeños han regresado de las garras de WANA con las redes colmadas de una abundancia imposible, transformando el terror de la madrugada en un triunfo material que sacude a toda la comunidad de Limonade. Pero el océano ha dejado una marca en la tierra, y el ruido de su trompeta celestial ha despertado a los guardianes del orden político.

Mientras los soldados escoltan a los jóvenes lejos de su fiel *Kannòt* y el rumor del milagro corre por los caminos del Departamento Norte, una intriga profunda invade el pensamiento del lector: ¿Cómo reaccionará el poder de las leyes humanas ante un suceso que escapa a toda lógica racional? Las riquezas del mar están en la orilla, pero los cinco héroes se encaminan ahora hacia el Palacio Nacional de la mano de la Parte IV de esta historia. En el próximo capítulo, Vini tendrá que usar su elocuencia intelectual ante el presidente René Préval para demostrar que hay fuerzas más antiguas y soberanas que

la misma Constitución del Estado. ¿Podrá la verdad del mito evitar los muros de una prisión terrenal? El juicio de la tierra aguarda.

PARTE IV: LA HONRA Y LA LEYENDA
Cuando la tierra reconoce al mar

Capítulo 13: Ante René Préval

Descripción: El lector entra al Palacio Nacional. Este capítulo narra el juicio terrenal: soldados, arresto, y Vini hablando ante el presidente. El lector va a ver cómo el poder político se doblega ante el mito. René Préval recuerda a Caonabo y elige honra en lugar de cárcel. Aquí el lector entiende que hay leyes más viejas que la Constitución: las leyes del agua.

Ante René Préval

El trayecto desde las costas salobres del Departamento Norte hasta los pasillos solemnes del Palacio Nacional se realizó bajo una custodia militar que reflejaba la gravedad de la situación. Para Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto, el contraste no podía ser más desarrador: pasaron de la inmensidad de un océano de cristal a la estrechez de los vehículos del gobierno, con el eco de los llantos de alivio y confusión de la respetada familia Robert aún resonando en sus oídos. El susto no había terminado; la presencia de los uniformes y el brillo frío de las bayonetas les recordaban que la tierra firme poseía sus propios monstruos y sus propias prisiones. Al cruzar los grandes portones de la sede de gobierno, los cinco pescadores caribeños, vestidos aún con sus ropas gastadas y con el olor a salitre y milagro impregnado en la piel, entendieron que estaban a punto de enfrentarse a un juicio terrenal tan impredecible como las corrientes de La Isabela.

El salón de audiencias privadas exhalaba un aire de formalidad republicana que abrumaba los sentidos. Al fondo, detrás de un imponente escritorio de caoba pulida, se encontraba el presidente de la República, René Préval. El mandatario, flanqueado por altos mandos militares y asesores científicos que sostenían mapas cartográficos y lecturas sísmicas anómalas, observaba a los jóvenes con

una mirada fija, cargada de una profunda conmoción política e histórica. Los reportes eran devastadores y precisos: una agitación marina inexplicable había inundado los hogares de las costas del norte, coincidiendo milimétricamente con un estrépito climatológico que los sismógrafos registraron como una trompeta celestial que rajó el firmamento de la isla. El orden del Estado se había sacudido, y el gobierno exigía respuestas inmediatas ante lo que inicialmente consideraban una transgresión fronteriza o un sabotaje extranjero.

Fue Vini quien, dando un paso al frente con el mentón en alto a pesar del cansancio que le entumecía los músculos, asumió la responsabilidad de hablar en nombre de la hermandad. Su elocuencia intelectual, aquella capacidad analítica que sus compañeros siempre habían respetado en las largas noches de pesca, se convirtió en su mejor defensa. Con una precisión cronológica impecable, Vini comenzó a narrar los hechos: la salida a las tres de la madrugada desde Bord de Mer de Limonade, la parada reverente bajo la sombra de la iglesia de Santa Filomena, y la corazonada oscura que los desvió hacia el Este prohibido. Los asesores del presidente murmuraron con indignación cuando Vini admitió haber cruzado la frontera marítima hacia las aguas malditas de La Isabela, pero el mandatario alzó una mano para exigir silencio, atrapado por la veracidad y la gravedad que emanaba del relato del joven pescador.

El clímax de la audiencia llegó cuando Vini describió, sin omitir un solo detalle místico, el encuentro con la entidad que habitaba en el lecho marino. Narró cómo la naturaleza se había distorsionado con el viento del cenit, cómo el mar se abrió para revelar el torbellino colosal de 1496, y cómo la música brotó del pecho de Bobibo como la única arma disponible de la fragilidad de la carne. Describió el ropaje de raíces y algas de la diosa, y repitió ante el gabinete presidencial las palabras exactas de la declaración de la soberana: *«Yo soy WANA, hija del firmamento»*. Al escuchar ese nombre y la descripción de las coordenadas exactas sobre la tumba marina del cacique Caonabo, el rostro del presidente René Préval sufrió una transformación dramática. La rigidez política dio paso a un estremecimiento histórico; el mandatario recordó perfectamente las viejas crónicas de la resistencia indígena, la traición hispánica y el misterio del líder taíno desaparecido en el abismo por los conquistadores.

Préval, un hombre que entendía que los hilos del poder en la isla estaban amarrados a raíces mucho más profundas que las leyes modernas, comprendió la magnitud del milagro. Miró las manos callosas de los pescadores, vio la serenidad espiritual que aún habitaba en los ojos de Bobibo y supo que no estaba ante cinco delincuentes fronterizos, sino ante los testigos presenciales de una soberanía cósmica. Comprendiendo que la humanidad había sido perdonada por el respeto y el arte, el presidente tomó una decisión inédita. En lugar de aplicar el rigor de las leyes de la Constitución o decretar la cárcel por la violación de fronteras, el poder

político se doblegó con humildad ante el poder del mito. El mandatario ordenó la liberación inmediata de los jóvenes y dictaminó que el Estado los honrara públicamente. Fueron condecorados en ese mismo salón como héroes nacionales y elevados a símbolos universales de la identidad de la isla, recibiendo del gobierno la promesa de riquezas, tierras seguras para sus familias y el aplauso imperecedero de un público que ya empezaba a agolparse a las afueras del palacio para vitorear sus nombres.

Reflexiones del Abismo

Las leyes que escriben los hombres en papel se vuelven frágiles y diminutas cuando se enfrentan a los decretos escritos con agua y sangre en el fondo de la historia. Los cinco pescadores entraron al Palacio Nacional como prisioneros de la ley humana y han salido por la puerta grande como héroes condecorados por el mismísimo presidente René Préval, demostrando que la tierra no tiene más remedio que reconocer la soberanía del mar.

Mientras el eco de los aplausos oficiales comienza a resonar en las calles de la capital y el temor al arresto se transforma en una honra histórica, una última reflexión se asienta en el ánimo del lector: los gobernantes pueden poseer ejércitos y fronteras, pero hay un templo sagrado que ningún ejército puede patrullar. El pacto con WANA ha sido validado por el gobierno, y ahora la isla entera se

prepara para la Parte Final de esta epopeya. En el próximo y último capítulo, entraremos en los siete días y las siete noches de un banquete nacional que transformará la odisea caribeña en una leyenda imperecedera para las generaciones venideras. ¿Cómo celebra un pueblo el haber transformado el terror cósmico en su eterna protección? El abismo ha callado, y la tierra se dispone a cantar.

Capítulo 14: Siete días, siete noches

Descripción: El lector celebra con la isla completa. Este capítulo cierra la odisea con el banquete nacional que duró una semana. El lector va a entender la lección final: la humanidad no venció por fuerza, venció por respeto y arte. Los cinco pescadores se vuelven símbolos universales. Termina con la frase que queda para siempre: la fuerza bruta nada puede contra el poder de los mitos. Y con el cántico convertido en himno para cuando el abismo vuelva.

Siete días, siete noches

La Isla Española se sumergió en un trance de júbilo y asombro que borró de golpe las fronteras cotidianas de la realidad. El decreto presidencial de René Préval no solo había liberado a los cinco jóvenes adultos de las cadenas del juicio terrenal, sino que había encendido la mecha de una festividad sin precedentes en la crónica caribeña. Lo que comenzó como un rumor salado en las arenas de Bord de Mer de Limonade se expandió con la fuerza de una marea incontenible por cada rincón del Departamento Norte, cruzando cordilleras y valles hasta contagiar a la nación entera. Se dio inicio así a un banquete nacional, una celebración mítica y única que se prolongó durante siete días y siete noches consecutivas, donde el tiempo pareció detenerse para permitir que la humanidad rindiera tributo a las fuerzas sagradas del océano.

El epicentro de los festejos se instaló en el mismo litoral que vio partir al *Kannòt* a las tres de la madrugada. Las playas de Limonade se transformaron en un gigantesco altar de fraternidad y alegría. Fogatas colosales, cuyas llamas lamían el cielo nocturno imitando los relámpagos de la deidad, se encendieron a lo largo de kilómetros de costa. El pescado extraído de las redes llenas de milagro fue el elemento central de un banquete que alimentó a miles de almas; un alimento que no solo saciaba el

hambre física, sino que parecía transmitir a quienes lo probaban una vitalidad sobrenatural, un destello de la pureza abisal de la Gran WANA. La respetada familia Robert, que días antes lloraba de terror ante la inminencia de la muerte y la ruina, presidía las mesas de honor, recibiendo el respeto y la gratitud de un pueblo que veía en sus muchachos a los salvadores de la costa.

La música, el mismo instrumento que había salvado la vida de la hermandad en el ojo del huracán, se convirtió en el oxígeno de la isla durante esa semana de gloria. Los tambores rítmicos tradicionales y las voces de los ancianos poetas de la comunidad resonaban desde el amanecer hasta que la luna se ocultaba en el horizonte. En el centro de todas las miradas se encontraban los cinco pescadores caribeños, elevados a símbolos universales de la isla. Vini, con su elocuencia intelectual, repetía la crónica del vórtice ante multitudes hipnotizadas; Siladi mostraba sus brazos de acero, ahora condecorados con las medallas del Estado; y los hermanos Guerlain y Bebeto caminaban entre la multitud, convertidos en leyendas vivientes de la fidelidad familiar. Pero era Bobibo, con su habitual laconismo y su belleza mística intacta, quien acaparaba el silencio reverente de la gente. Cada vez que el joven místico entonaba las primeras notas del cántico sagrado, la festividad se detenía y los miles de asistentes respondían al unísono con las voces tribales del coro: *(Moun... Han... Non... WANA...)*, transformando la melodía de supervivencia en el himno oficial de la humanidad frente al abismo.

La gran lección de esta odisea quedó grabada a fuego en los cimientos de la cultura popular de la isla. La celebración no se realizaba para festejar una victoria del hombre sobre la naturaleza; el pueblo no se declaraba victorioso por haber doblegado o vencido a la fuerza espiritual. Al contrario, el banquete nacional celebraba el triunfo de la humildad, el arte y el respeto reverente. La Isla Española se reconocía bendecida porque cinco de sus hijos habían tenido la valentía de escuchar el dolor del pasado, transformando a una entidad destructiva y justicieramente furiosa en su eterna protectora. Las tierras otorgadas por el gobierno y las riquezas materiales pasaron a un segundo plano; el verdadero tesoro de los pescadores fue el agradecimiento imperecedero de las generaciones venideras, que desde aquel año supieron que la armonía con el mar Caribe se pagaba con la moneda del respeto absoluto.

Al séptimo día, cuando el sol de las seis de la mañana comenzó a elevarse sobre un mar que permanecía tan pacífico y liso como el cristal de un santuario perfecto, el banquete llegó a su fin de manera natural. Las hogueras se apagaron, los tambores callaron y los cinco pescadores regresaron a la orilla del agua para contemplar su fiel *Kannòt*, la madera rústica que había resistido los embates de los titanes de 1496. La crónica del encuentro maldito y sagrado se cerraba formalmente, pero la leyenda apenas comenzaba a caminar por el mundo. La humanidad entera asimiló una verdad inalterable que los viejos marineros repetirían ante cada tormenta venidera:

la fuerza bruta de los hombres nada puede contra el poder de los mitos, y aquellos cinco pescadores caribeños serán recordados por siempre porque tuvieron la fe, la pureza y la valentía de entender, apreciar y respetar el mar a través de un cántico que, desde aquella madrugada eterna, se convirtió en el amparo definitivo de la estirpe humana cuando se encuentra al borde del abismo.

Reflexiones del Abismo

Siete días de danza y fuego han terminado, y las cenizas de las hogueras vuelven a la arena de Limonade. El viaje ha concluido, las redes se han vaciado y los nombres de Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto han quedado esculpidos en el bronce de la inmortalidad. La Maestra del Agua descansa en su hogar santo de La Isabela, custodiando las coordenadas de Caonabo bajo un pacto de paz perpetua que se selló con la belleza de una canción.

Al cerrar esta última página del manuscrito, una última y profunda pregunta queda latiendo en el silencio del lector: cuando el mar de nuestras propias vidas se agite y los titanes del abismo se levanten para reclamar las deudas del pasado, ¿tendremos la pureza necesaria para detener la tormenta con el arte, o intentaremos luchar en vano con la fragilidad de nuestra fuerza bruta? La trompeta celestial ha callado, pero el eco del coro *(WANA... WANA...)* seguirá resonando en el horizonte

cada vez que la madrugada marque las tres. Has caminado con los hijos del océano, has sostenido la mirada de una diosa de mil años y has visto a la tierra rendirse ante el mar. La leyenda está escrita, y el abismo... el abismo ahora duerme en paz.

EPÍLOGO: El himno al borde del abismo

Descripción para el lector:

El lector llega al final de la odisea, pero el mar no se cierra. El epílogo no cierra el libro, lo abre. Siete días y siete noches de banquete nacional en La Isla Española quedan atrás, pero el cántico de Bobibo sigue flotando sobre las aguas.

El lector descubre que los cinco pescadores caribeños no volvieron a ser los mismos. Vini dejó de buscar mapas en libros y empezó a leer el mar. Siladi ya no mide su fuerza en redes, sino en respeto. Bobibo nunca más volvió a callar: su voz se volvió oración cada vez que la marea sube. Guerlain y Bebeto entendieron que la hermandad es el único tesoro que el océano no puede hundir.

WANA no se fue. Se quedó. Desde La Isabela, desde las coordenadas malditas de 1496, vigila. El lector entiende que el milagro no fue que el mar se calmara. El milagro fue que la humanidad aprendió a cantar antes de morir. El último párrafo es advertencia y promesa: cuando el abismo vuelva a abrirse para ti, lector, recuerda el himno. Recuerda que la fuerza bruta no vence a los mitos. Recuerda que el respeto convierte a los dioses destructivos en protectores eternos. El libro termina, pero el cántico no.

El susurro perenne de La Isabela

Los banquetes se apagan y los imperios de los hombres se convierten en polvo, pero el océano permanece, inmutable, custodiando las verdades que la tierra prefiere olvidar. Años después de aquellos siete días y siete noches de gloria que sacudieron los cimientos de La Isla Española, la vida en Bord de Mer de Limonade recuperó su ritmo pausado, gobernado una vez más por el compás eterno de las mareas. Sin embargo, nada volvió a ser igual. En los rostros de los cinco pescadores caribeños quedó grabada una madurez que no pertenecía a este mundo; una solemnidad que solo poseen aquellos que han mirado directamente a los ojos de un dios y han recibido el don de la piedad.

Vini utilizó las riquezas y el reconocimiento otorgados por el gobierno de René Préval para documentar las tradiciones orales de la costa, convirtiéndose en el gran cronista de los misterios del Departamento Norte y asegurando que la historia de 1496 no volviera a ser sepultada por el polvo de los archivos estatales. Siladi, cuyos brazos de acero se volvieron leyenda en todo el litoral, dedicó el resto de sus días a enseñar a las nuevas generaciones de marineros el arte de la navegación respetuosa, recordándoles siempre que el mar no es un enemigo al que se deba conquistar, sino un templo viviente al que se debe adorar. Los hermanos Guerlain y Bebeto aseguraron la prosperidad y el legado de la respetada familia Robert, manteniendo intacto su fiel *Kannòt* en la orilla, no ya como una herramienta de trabajo extenuante, como una reliquia sagrada, un altar de madera tosca que recordaba el día en que la inocencia derrotó a la muerte.

¿Y Bobibo? El joven más callado y taciturno de la isla se convirtió en una figura casi mitológica. Aunque recibió tierras y honores, a menudo se le veía caminando solo por la línea de la costa durante las madrugadas, con la mirada fija en el horizonte oriental, allí donde las aguas del Atlántico se unen con los secretos de La Isabela. Quienes se atrevían a pasar cerca de él a las tres de la mañana aseguraban que su pecho seguía emanando un calor inusual y que, de vez en cuando, sus labios se movían en un susurro inaudible, repitiendo las frecuencias de la melodía que apaciguó el torbellino cósmico. Bobibo no pertenecía del todo a la tierra; era el

guardián del pacto mudo, el puente viviente entre la estirpe humana y la soberana del agua.

Hoy en día, cuando los pescadores de la isla se adentran en el abismo azul y el reloj marca las cuatro de la madrugada, un silencio reverente se apodera de las embarcaciones. Nadie osa levantar la voz en las inmediaciones del puerto histórico. Saben que debajo de la quilla, en la penumbra abisal donde el tiempo se detiene, WANA, la hija del firmamento, descansa en paz junto al espíritu del cacique Caonabo. La tregua sigue vigente, protegida por el arte y la fe de un pueblo que entendió su propia pequeñez ante lo eterno. La historia de los cinco pescadores caribeños se ha transformado en el Himno del Abismo, una lección imperecedera para una humanidad que, a menudo, olvida que la fuerza bruta nada puede contra el poder de los mitos, y que el mar siempre, tarde o temprano, vuelve a abrir los ojos para reclamar su santuario perfecto.

Reflexiones Finales del Autor

Has llegado al final del viaje, donde las páginas terminan pero la leyenda permanece viva en cada ola que rompe contra la costa de la isla. Esta obra, nacida del misticismo, el terror y la justicia histórica, es un recordatorio de que somos hijos de los elementos y que nuestro pasado respira bajo el agua, esperando ser respetado.

Al cerrar definitivamente este manuscrito de **Los cinco pescadores caribeños: El secreto de la maestra del agua**, una última y definitiva pregunta queda grabada en tu memoria: cuando la noche sea más oscura y te encuentres al borde de tu propio abismo personal, ¿tendrás la valentía de Bobibo para abrir la boca y cantar, o dejarás que el silencio del torbellino te devore? La odisea ha concluido, el pacto está sellado y la Maestra del Agua... ahora duerme bajo tu propia custodia. Gracias por acompañarnos en esta travesía de fe, arte y mitología.

EL CÁNTICO ANCESTRAL DE BOBIBO:
El himno que salvó a los cinco pescadores caribeños

Descripción para el lector:

Esta página es arma. Es escudo. Es oración. El lector debe saber que las palabras que siguen no son letra de libro. Son las mismas palabras que Bobibo, el más callado de los cinco, entonó a las 4:00 am mientras el Kannòt giraba en el torbellino de La Isabela. Son las palabras que WANA, maestra del agua, escuchó desde el fondo de mil años y decidió perdonar.

El lector debe leer este cántico en voz alta cuando sienta miedo. Cuando el abismo se abra en su vida. Cuando el mar de problemas quiera tragarlo vivo. Porque este himno no salvó solo a Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto. Salva a todo hijo del océano que canta sin permiso.

CÁNTICO:

Bobibo:
Cuando mis pies pisan la tierra, me rodean aquellos que se dicen mis amigos...
El Coro: (Moun...)

Bobibo:
Pero cuando me hundo en las aguas, en lo más profundo del vientre del mar...
El Coro: (Han, Han...)

Bobibo:
No confío en ningún mortal, en ningún alma humana.
El Coro: (Non...)

Bobibo [Gritando con fervor]:
¡Oh, Maestra WANA! Tú eres la dueña del agua, soberana de los mares,
sé también mi guía en la penumbra. ¡Sácame de este tormento!
El Coro: (Ah, Ah... WANA... WANA... WANA...)

Nota final para el lector:

Repítelo tres veces. Primera vez con miedo. Segunda vez con fe. Tercera vez con autoridad. El mar reconoce la voz que no miente. WANA reconoce el alma que respeta. Este cántico es de todos ahora.

WANA: MAESTRA DEL AGUA, SOBERANA DE LOS MARES

Descripción para el lector:

El lector necesita verla. No como monstruo de cuento, sino como diosa real que habita las coordenadas malditas de La Isabela desde 1496.

APARIENCIA:
WANA no tiene cola de pez. No tiene escamas. Para ojos humanos parece una joven de dieciocho años, pero en el reino donde el tiempo se detiene, carga más de mil años de existencia. Su piel no es piel: es agua que aprendió a tener forma. Su rostro refleja una furia milenaria, pero también una soberanía que no pide permiso.

SU VESTIDO:
No usa tela. Su ropaje está vivo. Son raíces retorcidas arrancadas del fondo abisal, entrelazadas con algas negras que solo crecen donde la luz no llega. De sus hombros caen ramas sagradas, ramas de árboles que existían antes de que Colón pusiera un pie en La Isla Española. En su cabello no hay flores. Hay coral muerto y perlas que fueron lágrimas de Caonabo. Cuando camina sobre el agua, el mar se expande bajo sus pies como alfombra que rinde pleitesía.

SU PODER:

WANA es hija del firmamento. El océano es su templo desde hace mil años. Ella no crea huracanes: ella es el recuerdo del huracán. No ahoga: juzga. Cuando los humanos profanan sus aguas, el mar se abre como boca. Cuando los humanos cantan con pureza, el mar se arrodilla como cristal.

CÓMO OBEDECER ANTE ELLA:
1. No mientas. WANA escucha el pulso. El miedo se puede cantar, pero la mentira no.
2. Reconoce que no mandas. El hombre que grita "yo controlo" se hunde. El que dice "guíame" flota.
3. Respeta 1496. Ella odia a la humanidad por Caonabo. Si el lector honra esa memoria, WANA baja la furia.
4. Canta. No reces con palabras de libro. Canta con huesos. El cántico de Bobibo no fue oración, fue verdad.

Última línea para el lector: WANA no es enemiga del hombre. Es enemiga del hombre que olvida. Si lo recuerdas, ella te protege.

PERSONAJES SECUNDARIOS: LOS TESTIGOS DE LA HISTORIA

Descripción para el lector:

Estos dos hombres no remaron en el Kannòt. Pero sin ellos, el milagro no habría sido honrado. Son el puente entre el mito y la tierra, entre el agua y el gobierno.

1. RENÉ PRÉVAL - EL PRESIDENTE QUE ESCUCHÓ
René Préval no aparece en el mar. Aparece en el Palacio Nacional, cuando el trueno del vórtice y el sonido de trompeta celestial rompen el cielo de La Isla Española.

Soldados llegan con reporte: el mar se agitó tanto que inundó casas de la costa. Cinco pescadores arrestados.

Pero René Préval no es político de oído sordo. Cuando Vini, el intelectual, relata cronológicamente el encuentro con WANA, el vórtice y el cántico, el presidente no ríe. Recuerda. Su memoria viaja a 1496. Recuerda el nombre Caonabo. Recuerda que La Isabela es tumba, no puerto.

Para el lector, René Préval representa el poder terrenal que decide escuchar en lugar de castigar. Representa al gobernante que entiende que hay leyes más viejas que la Constitución: las leyes del agua. Por eso honró a los cinco pescadores. Les dio riquezas, tierras y los declaró héroes nacionales. No porque creyera en sirenas. Porque creyó en la memoria.

2. CAONABO - EL CACIQUE QUE NO MURIÓ

Caonabo no habla en el libro. Grita desde el fondo. Cacique más poderoso de La Isla Española. Guerrero que desafió a los conquistadores hispánicos. En 1496 fue capturado, encadenado y ahogado en La Isabela. Los españoles creyeron borrarlo. Se equivocaron.

Para el lector, Caonabo es la razón de WANA. Su sangre y su traición congelaron el océano en esas coordenadas. Su dolor es el combustible de la furia milenaria de la maestra del agua. Cada vez que el mar se agita en La Isabela, es Caonabo recordando que fue hundido. Cada vez que WANA abre los ojos, es Caonabo abriéndolos con ella.

Caonabo no es personaje secundario. Es cimiento. Sin su ahogamiento, no hay vórtice. Sin su nombre, no hay odio en WANA. El lector debe entender: cuando cante el himno de Bobibo, también está cantando para que Caonabo descanse.

Cierre para el lector: Un libro de pescadores necesitaba un presidente que escuchara y un cacique que recordara. René Préval y Caonabo son la tierra y la historia que sostienen el milagro del mar.

CONOCER A LOS CINCO PESCADORES CARIBEÑOS

Descripción para el lector:
Esta sección es el retrato sagrado. El lector se sienta frente a cada hombre como si estuviera en el Kannòt con ellos. No es ficha técnica, es revelación de alma.

VINI: Es la mente brillante del grupo. A sus 25 años carga más preguntas que años. Mientras los demás ven agua, él ve historia. Es el que recordó las coordenadas de La Isabela 1496 y el que habló ante René Préval con elocuencia que desarmó al poder. Para el lector, Vini es la voz que razona cuando el terror no tiene lógica. Es la

prueba de que el conocimiento salva tanto como la fuerza.

SILADI: 23 años. Brazos de acero forjados remando cada madrugada. Puede doblegar las redes más pesadas sin romperse. Pero frente al torbellino entendió que su fuerza no servía contra un dios. Para el lector, Siladi es la fuerza bruta que aprende humildad. Es el hombre que carga el Kannòt sobre la espalda y que después carga la lección de que hay cosas más pesadas que la madera.

BOBIBO: 20 años. El más sereno, el más taciturno. Su belleza es mística, no de rostro, de espíritu. Oye lo que los demás no oyen. Siente el agua antes de tocarla. Fue él quien, con el pecho ardiendo, abrió la boca y entonó el cántico que apaciguó a WANA. Para el lector, Bobibo es el alma del libro. Es la prueba de que el arte, la música, el canto, puede doblegar la furia de los dioses.

GUERLAIN: 21 años. Hermano mayor de la familia Robert. Su lazo con Bebeto es sangre y juramento. No hablan mucho, se entienden con miradas. Cuando el Kannòt giró, fue el primero en caer de rodillas. Para el lector, Guerlain representa la fe desesperada. El hombre que solo sabe clamar al cielo cuando todo se hunde.

BEBETO: 18 años. El menor. La sombra de Guerlain, pero con su propio fuego. Su juventud lo hace más frágil, más humano. Llora, reza, tiembla. Para el lector, Bebeto es el espejo: es el miedo que todos sentiríamos frente a

WANA. Y es también la esperanza, porque sobrevivió a pesar del miedo.

El lector termina esta sección conociéndolos no como personajes, sino como hermanos. Sabe sus edades, sus dones, sus quiebres. Y sabe que cualquiera de ellos podría ser él en medio del mar.

SOBRE EL AUTOR: ROBERT DIEUDELIN / ARCANGEL LEGRAND - BROTHERSWAGG

Robert Dieudelin
(Arcangel Legrand - Brotherswagg)
ICON OF GLOBAL MUSIC AND LITERATURE
FULL PROFILE:
HAITIAN RAPPER • SINGER • COMPOSER • MUSIC PRODUCER
AUTHOR • WRITER — THE GLOBAL VOICE OF MODERN MULTILINGUAL LITERATURE
CEO • VISIONARY ENTREPRENEUR — FOUNDER AND CHIEF EXECUTIVE OFFICER OF BROTHERSWAGGSTUDIORECORDS AND TM3
POLITICAL-CULTURAL & LITERARY ACTIVIST • ADVOCATE FOR INDIE AUTHORS
AMAZON TOP 100 RANKED
FORMER MEMBER OF THE FIVE YOUTH HEROES (2014)
HONORARY UNIVERSAL AMBASSADOR OF PEACE IN PANAMA
EST. 2008
BROTHERSWAGG STUDIORECORDS
TM3 TALENT • MUSIC • MEDIA
UNIVERSAL AMBASSADOR OF PEACE

Descripción para el lector:

El lector merece saber de dónde nace esta voz. Robert Dieudelin no escribe desde una torre de marfil. Escribe desde dos trincheras: la música y la letra. Como Arcangel Legrand - Brotherswagg, ha vivido en carne propia lo que denuncian los cinco pescadores: la humillación de los sellos discográficos y las editoriales corporativas que dictan qué arte merece existir.

BROTHERSWAGGSTUDIORECORDS PUBLISHING no es solo editorial. Es declaración de independencia total. Es la respuesta de un creativo que decidió remar sin permiso, como Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto.

El autor no inventó WANA. La escuchó. La escuchó en las historias de pescadores de Bord de Mer de Limonade, en la memoria del agua de La Isabela, en el nombre susurrado de Caonabo desde 1496. Este libro es su cántico. Su forma de decirle al mundo que los creativos independientes también pueden llenar redes de milagro sin arrodillarse ante corporaciones.

El lector cierra esta sección sabiendo que el hombre que escribió el libro es el mismo tipo de hombre que protagoniza el libro: un hijo del océano que crea sin permiso.

NOTA DE DISCUSIÓN PARA CLUBES DE LECTURA

Descripción para el lector:

Esta sección convierte el libro en conversación. El lector, solo o en grupo, puede hacerse estas preguntas después de cerrar la última página:

1. ¿La tierra es traición y el mar es verdad? Bobibo dice que no confía en ningún mortal en el agua. ¿El libro sugiere que solo frente al abismo el hombre es honesto?

2. WANA odia a la humanidad por 1496. ¿Tenía razón? ¿El lector justificaría su furia si cargara mil años de traición?

3. ¿Cuál salvó a los pescadores: la fuerza de Siladi, la mente de Vini, o el cántico de Bobibo? ¿El libro posiciona al arte por encima de la fuerza bruta?

4. René Préval eligió honrar en lugar de castigar. ¿Un gobierno real haría lo mismo hoy frente a un milagro que no entiende?

5. Los siete días de banquete: ¿fue celebración de victoria o de reconciliación? ¿La humanidad venció o se rindió con respeto?

El lector usa estas preguntas para que el libro no muera al cerrar. Para que WANA siga discutiéndose en mesas, en iglesias, en costas. La mitología no vive si no se habla.

GLOSARIO EXPANDIDO DE MITOLOGÍA CARIBEÑA

Descripción para el lector:

Después de leer la historia completa, el lector regresa aquí con ojos nuevos. Ahora entiende las palabras con peso.

CAONABO: No es solo nombre histórico. Es herida abierta. Cacique más poderoso de La Isla Española, ahogado en 1496 por conquistadores. Su sangre congeló el océano en La Isabela. Para el lector, Caonabo es el fantasma que explica por qué WANA odia.

LA ISABELA: Puerto fundado por Colón. Tumba acuática. Coordenadas malditas. El lector ahora sabe que no es geografía, es cementerio sagrado.

SANTA FILOMENA: Santa mártir. Patrona de los imposibles. La iglesia bajo cuya sombra los pescadores pidieron bendición sin palabras. El lector entiende que rezaron al santo correcto: ella protege a los que enfrentan imposibles.

KANNÒT: Después de 14 capítulos, el lector ya no ve un barco. Ve madre. Ve ataúd. Ve altar. Ve independencia. El Kannòt es símbolo de que el hombre pobre también puede enfrentar dioses si tiene fe y madera.

WANA: Ahora el lector sabe que no es sirena. Es soberanía. Es memoria del agua. Es juicio. Es mil años vestidos de raíces y algas. Y es, al final, protectora.

CRONOLOGÍA DE LOS SUCESOS: DE 1496 A 2026

Descripción para el lector:

El lector necesita ver el hilo del tiempo para entender el mito.

1496: El cacique Caonabo es capturado y ahogado en La Isabela por conquistadores hispánicos. La sangre y la traición quedan congeladas en el fondo del océano. WANA empieza a dormir con rencor.

Siglos XIX-XX: Pescadores de Bord de Mer de Limonade cuentan historias de aguas que "recuerdan".

Nadie les cree. La iglesia Santa Filomena se vuelve punto de bendición muda antes de partir.

3:00 am, madrugada del suceso: Vini, Siladi, Bobibo, Guerlain y Bebeto caminan bajo Santa Filomena. Recogen arena. Cargan el Kannòt. Parten hacia el Este.

4:00 am: Profanan La Isabela. Despiertan a WANA. El torbellino de 1496 regresa. Bobibo canta. El mar se arrodilla.

6:00 am: Regreso triunfal con redes llenas de milagro.

Misma mañana: René Préval los manda a buscar. Vini relata. El presidente recuerda a Caonabo. Honra en lugar de cárcel.

Siguientes 7 días: Banquete nacional. La Isla Española celebra que el respeto venció a la fuerza.

2026: El autor publica esta crónica para que el mundo no olvide que los mitos hablan si se les escucha.

El lector ve que 1496 no murió. Solo estaba esperando su cántico.

MAPA FINAL: LA RUTA DEL MILAGRO

Descripción para el lector:

El lector regresa al mapa, pero ahora con todo el viaje en la mente. La ruta del Kannòt está marcada con tres colores: negro para la partida, rojo para la profanación, dorado para el regreso.

Bord de Mer de Limonade tiene ahora una nota: "Aquí empezó la hermandad". Santa Filomena tiene otra: "Aquí pidió la tierra bendición". La Isabela tiene la más grande: "Aquí el agua juzgó y perdonó".

El epicentro del vórtice ya no es solo ojo. Tiene escrito: "Aquí Bobibo cantó y WANA escuchó". El lector traza la

ruta con el dedo y revive la odisea sin leer una línea. El mapa final es memoria visual. Es prueba de que el mito ocurrió en tierra y agua reales.

AGRADECIMIENTOS FINALES DEL AUTOR

Descripción para el lector:

El autor cierra el círculo. Agradece a La Isla Española por prestar sus costas y sus fantasmas. Agradece a los pescadores reales de Bord de Mer que, sin saberlo, le dieron los nombres y el silencio de las tres de la madrugada. Agradece a Caonabo por no dejar que su historia se borrara.

Agradece al lector por una razón especial: porque al leer, el lector completó el cántico. Bobibo cantó en el libro, pero solo resuena si hay oídos que escuchen. El lector fue

el coro. El lector fue "Moun... Han... Non... Ah... WANA".

Cierra con frase que el lector se llevará: "Gracias por no dejar que WANA siga dormida.”

NOTA SOBRE REALISMO MÁGICO Y TERROR MÍSTICO

Descripción para el lector:

El lector necesita entender el género que acaba de vivir. Realismo mágico caribeño no es fantasía. Es la forma en que el Caribe cuenta su historia cuando la historia oficial miente. Cuando 1496 fue crimen, el Caribe respondió con mito. Cuando los conquistadores borraron nombres, el mar los guardó.

Terror místico no es susto barato. Es el miedo sagrado que sienten los hombres cuando entienden que no mandan en el mundo. Que hay dioses en el agua, en la

tierra, en la memoria. WANA da miedo porque tiene razón para odiar.

El lector sale sabiendo que este libro no usa magia para escapar de la realidad. Usa magia para decir la verdad de la realidad que los libros de historia esconden.

CITAS MEMORABLES DEL LIBRO

Descripción para el lector:

El lector encuentra aquí las frases que debe subrayar, tatuar, recordar cuando su propio mar se agite:

"Cuando mis pies pisan la tierra, me rodean aquellos que se dicen mis amigos... pero cuando me hundo en las aguas, no confío en ningún mortal." - Bobibo

"El agua no olvida. 1496 sigue respirando en cada ola." - Vini

"No es sirena. Tiene mil años. Y mil razones para odiar." - Siladi

"Yo soy WANA, hija del firmamento, y este océano ha sido mi templo durante mil años."

"La fuerza bruta nada puede contra el poder de los mitos."

El lector usa estas citas como escudo. Como oración. Como recuerdo de que el respeto es más fuerte que el grito.

LECTURAS RECOMENDADAS: EL CARIBE QUE CANTA Y RESISTE

Descripción para el lector:

Para que el lector no se quede solo con este mito, se le deja camino abierto:

"El reino de este mundo" de Alejo Carpentier: Para entender el realismo mágico que nace del Caribe real, no del invento.

"La vorágine" de José Eustasio Rivera: Para sentir la selva y el hombre contra fuerzas que lo superan.

Cuentos orales de pescadores de la costa norte: Porque WANA no nació en este libro. Nació en la voz de los abuelos en Bord de Mer.

Música de Arcangel Legrand - Brotherswagg: Porque el autor es músico y el cántico de Bobibo también suena en acordes.

El lector sale con lista. El libro no termina, se multiplica.

INVITACIÓN: ESCRÍBELE AL MAR

Descripción para el lector:

Última página. No es despedida, es puerta.

El lector recibe esta invitación del autor: "Ahora que conoces a WANA, ahora que caminaste Bord de Mer, ahora que cantaste con Bobibo... escríbele al mar. Cuéntale qué abismo te quiere tragar. Cuéntale tu cántico. Los cinco pescadores sobrevivieron porque hablaron cuando todos gritaban. Tú también puedes. El mar escucha. WANA escucha. Y si tu canto es puro, el agua se arrodilla."

Se deja espacio en blanco. Líneas para que el lector escriba su propio cántico. Porque el libro no quiere lectores pasivos. Quiere hijos del océano nuevos.

El lector cierra el libro, pero abre su boca. El mito continúa con él.